

LA GRAN PROFECÍA

JOHNNY GARLAND

La gran profecía

Colección ESPACIO

La gran profecía

por



Johnny Garland

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

DEPÓSITO LEGAL B. 3.161 - 1960

Núm. De Registro: 785- 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, Barcelona



PRIMERA PARTE
LA PROFECÍA DE LAS ESTRELLAS
CAPÍTULO PRIMERO



UNIA hizo un gesto. Su larga y nacarina mano se agitó en el aire.

El emisario avanzó, y empezó a hablar. Venía extenuado, maltrecho. Su ropa, de brillante materia plástica metalizada, venía, pese a ello, rota, quemada, sucia...

—Gran Señora — habló con voz reposada, grave y profunda, bajo la bóveda del salón —. La derrota fue total... Daba espanto ver los muertos, formando montones sobre el barro..., la lluvia cayendo sobre los pocos que quedábamos con vida, empapados y ateridos, sin un arma ni un medio de defensa. ¡Y ellos avanzaban, iban a arrollarnos totalmente!

Hizo una pausa, jardeando. Sus ojos parecían reflejar el horror de lo vivido. Su rostro pálido, manchado de sangre, parecía volver a encararse con el cuadro alucinante que describía.

—Sigue — ordenó ella, impertérrita.

—Señora, luchamos como pudimos. Otros muchos cayeron. Ellos son poderosos, van bien armados... y no tienen piedad. Aplastaban a los heridos, hasta destrozarlos, y a los prisioneros que capturaban con vida, se divertían en disolverlos poco a poco, con sus chorros de ácido -— cerró los ojos, estremecido —. Un espantoso aniquilamiento, del que ninguno podíamos salvarnos, a no ser que se produjera un milagro. Y el milagro llegó... Llegó

con un imprevisto arribo de nuestros cohetes, bloqueados por el hielo creado por el enemigo en las bases de lanzamiento... Al parecer, las térmicas enfriadas por los proyectores de congelación de ellos, lograron reanudar su funcionamiento, derritieron el hielo, y las naves pudieron salir en nuestro socorro. Ellos lo advirtieron a tiempo. Huyeron, perdiendo pocas fuerzas en su retirada. En cambio, allí quedábamos nosotros, aniquilados, agotados, apenas reducidos a una docena de heridos o inútiles...

Su cabeza cayó, vencido por la fatiga y el horror. Le flaquearon las rodillas, bajo los pantalones de fibra-plast, rasgados y sucios de fango y sangre, y se derrumbó al suelo terso, bruñido.

Lunia, la Gran Señora, alzó de nuevo su mano, en un gesto dirigido a sus más cercanos servidores.

—Llevadlo a un alojamiento con calefactores y reactivos electrónicos —ordenó—, Cuidad a este bravo muchacho, Gracias, capitán Latko. Sois un leal servidor de la civilización Wulkan. Sabré premiaros como merecéis...

El capitán Latko fue sacado de la estancia por los servidores de Lunia. Ella se puso en pie, altivamente. Su estilizada figura de mujer rubia, hermosa y prodigiosamente perfecta, desde la cascada de oro de su melena hasta las largas y maravillosas piernas, propias de una soberbia., escultura, quizá no creada aún, avanzó hacia los cortinajes que separaban su salón de recepción de las cámaras íntimas.

El traje de plata y negro, ceñido a su cuerpo increíblemente bello, crujía con suavidad a cada paso de la dama: Sus zapatos metalizados, no hacían ruido sobre el suelo terso, espejeante. La cortina cayó. Lunia, dueña de los destinos de un pueblo supercivilizado, el pueblo Wulkan, del Planeta Alton, desapareció en sus cámaras privadas. Las audiencias del día habían terminado.

Dentro, en una cámara reducida, dotada de todos los adelantos, se acomodó en un diván oscilante y giratorio, cuya blandura acogió el cuerpo de la hermosa mujer con muelle suavidad. La mano larga, estilizada, se movió hacia unos mandos del tablero de vidrio metalizado que se extendía ante ella.

Miró dos interruptores. Uno rojo y otro azul. El tablero dejó ver una luminosa pantalla televisora, en color y relieve. Apareció un paisaje desolado, una herniosa ciudad blanca, que ofrecía simples muñones abrasados, desgarros y ruinas... Sobre la población aniquilada, flotaban enormes nubes grises, ensombreciendo el día, eclipsando el brillo magnífico del sol de Wulkan, la estrella azul de Alton.

Movió el mando rojo. Otro panorama diferente apareció ante los ojos verdes, fascinantes, de la radiante Lunia. Pero en una cosa se asemejaba aquel amplio llano a la ciudad poco antes contemplada: en sus ruinas y destrucción total.

Sólo que aquí eran hombres. Cuerpos flotando en un mar de fango y de agua sanguinolenta. Ella se estremeció, crispó los dedos en el botón, cerrando de golpe la dantesca visión.

Hubo un silencio largo y angustioso en la reducida cámara. Lunia, con los ojos húmedos, inclinó la cabeza. Ella era la reina de todos los wulkans, la primera jerarquía en su mundo. Cada vida, cada súbdito suyo, le era querido. Sufría terriblemente ante aquel caos.

—¿Es que no habrá, un medio? —, gimió, a flor de labio, con su singular voz grave y profunda, musical y melodiosa a la vez—. ¿No podremos con ellos? ¿Esos malditos sierpes van a vencernos siempre, a derrotarnos año tras año, siglo tras siglo... sin el menor remedió ante su poder destructor y su pavorosa inteligencia?

Nadie le respondió. Tampoco lo esperaba. Estaba sola en la cámara. No quería ver más escenas de horror en los visores conectados con su pantalla. Sabía bien cuál iba a ser el destino de su pueblo, a lo largo del tiempo. Irremisiblemente: morir.

Morir, bajo la amenaza espantosa de aquel implacable enemigo llegado de otras Galaxias perdidas en los confines mismos del Universo. Todavía eran fuertes, poderosos y dueños de una civilización prodigiosa. El planeta Alton era, posiblemente, el más avanzado entre los habitados del Cosmos. Recientes exploraciones interplanetarias, habían revelado que ningún mundo de su Sistema Solar tenía habitantes. Podía haber otros, naturalmente. Más allá, más lejos de su propio Sistema. Otros que no fueran como los sierpes, sino como ellos mismos. Inteligentes pero nobles. Amando, en vez de odiando. Creando, en vez de destruir...

Sí, tal vez los hubiera. Pero, de momento, ellos sólo sabían de los wulkans, de sí mismos. Con el tiempo, su raza se extinguiría, su civilización y su mundo morirían bajo la implacable amenaza de los enemigos intergalácticos.

Su fuerza actual, su poder y su capacidad, podían agotarse en la lucha. La prodigiosa mecánica de los hombres de Alton, la ciencia y el estudio que habían llevado al pueblo Wulkan a su máximo desarrollo técnico y militar, todo se podía resquebrajar como se estaba resquebrajando ahora su ejército, sus flotas de aero-cohetes, sus baterías nucleares, sus centros térmicos y sus espejos solares, faltos de atención por los peligrosos ataques e incursiones de sus enemigos los temibles sierpes.

Lunia meditó en silencio. Eran un gran pueblo. Un pueblo avanzadísimo. Y toda su historia de siglos y siglos de cultura, progreso y trabajo por una paz justa, entre todos los altones, se tambaleaba ahora, ante el ataque de otros seres inteligentes, pero feroces y sin alma.

¿Qué podía hacer ella? No era más que una reina, una mujer inteligente y serena, que regía los destinos de su pueblo, por ley de sangre. Iba a casarse pronto. Unirla su vida a la de Tanag, su prometido. Y así, losWulkan tendrían un rey, un soberano fuerte y duro, capaz de intentar la lucha por el triunfo...

Se levantó de su muelle asiento. Caminó de un lado a otro de la estancia. Su amplia frente, bajo el cabello sedoso, color oro vivo, se cubría de surcos finos pero profundos. Su erguido seno se proyectó, al tensarse la tela de plata de su traje.

Avanzó hacia el gran balcón exterior. A su paso, las células magnéticas abrieron las deslizantes y silenciosas puertas de «vitriolux». Asomó a la galería semicircular, en la más alta torre de la blanca ciudad ultramoderna, cruzada por miles de carreteras aéreas, como serpentinas metálicas enroscándose en torno a los estilizados edificios de «duroplastic», que apuntaban al cielo con sus agudos remates.

Lunia, erguida a la luz azul de su sol, parecía una fabulosa estatua de piedra viva, palpitante y nacarada. Los verdes ojos rasgados, la leve nariz, sobre unos labios rojos, brillantes, que expresaban temor, preocupación, miedo... Y las expresivas y vibrátiles manos apoyadas en la balaustrada. Como una diosa de aquel lejano mundo de los espacios...

Contempló las remotas estrellas. Chispas de luz fría, en el azul diáfano de los cielos. Ella no sabía lo inusitado de un espectáculo como aquél, en que un sol y unas estrellas eran visibles a la vez, en el día azul de Alton. Pero aun ignorando que en ningún otro mundo, tal vez, sería aquel panorama visible, ella gozaba con la belleza que contemplaban sus ojos.

Una belleza que podía convertirse de pronto en alud de muerte, en torbellino de destrucción y desastre... Cierto que las defensas electrónicas, en torno a la invisible campana magnética que envolvía a la ciudad, hasta una altura colosal, superior a la de cualquier montaña de Alton, la protegían suficientemente. Porque de esas alturas maravillosas y sublimes, llegaban los atacantes estelares. Los invasores de Alton, crueles, despiadados, inhumanos...

Lunia suspiró, retirándose de la balaustrada. Se cerraron las puertas deslizantes tras ella. Una expresión resuelta animaba sus ojos exóticos, fascinantes.

Pulsó un zumbador verde, incrustado en el muro. En el acto, una pantalla mural se iluminó. Apareció un rostro familiar. Su Consejero más leal, Kehor, se mostró en ella. Su voz sonó, llegando de otro punto de la ciudad:

—Gran Señora, os escucho. ¿Qué deseáis de mí?

—Kehor, ya he sabido el final de nuestras tropas en las zonas pantanosas del hemisferio sur. Fueron aniquiladas por los sierpes invasores de esa región.

Cierto, Señora — el rostro de Kehor se nubló —. Pero confiamos aún en expulsarles dentro de las próximas jornadas. Antes de que nuestro astro del día vuelva a salir, habremos enviado allí el grueso de nuestras naves aéreas, para sacarles de sus refugios en las marismas...

—Aunque les arrojemos fuera o acabemos con ellos, será igual. Otros vendrán detrás, Kehor, y tú lo sabes.

—Sí, Señora. Es posible que sigan llegando sierpes. Pero también nosotros seguiremos luchando.

—Kehor, siento miedo.

—¿Miedo, Señora? ¿De qué?

—De todo. Del futuro, del destino de nuestro pueblo...

—Estamos en las manos de nuestro Supremo Creador, Señora. Confiemos en que la lucha se gane.

—Confiar en eso, es muy pobre cosa para mis temores, Kehor. Si no puedes ofrecerme otro consuelo.

—No, Señora. Lo lamento, pero es imposible asegurar nada. No me gusta mentir.

—Tampoco a mí. Ni me gusta que me mientan. Gracias por tu sinceridad, Kehor...

Iba a cerrar el conmutador de la pantalla, cuando Kehor se volvió hacia otro punto, dejando de mirar a la cámara. Después, súbitamente, el Consejero se volvió, mirando a la pantalla, a la reina. Alzó una mano en un gesto de súplica.

—¡Un momento; Señora! —pidió—. Hay algo..., algo pueril, absurdo..., pero que considero de interés para vos. Debéis conocerlo, aunque se trate de una superchería grotesca.

—¿Una superchería?—se sorprendió Lunia—. No te comprendo, Kehor...

—Lo entenderéis, Señora, si me concedéis una audiencia especial. Pongamos para esta misma noche.

—¿Esta noche?

—Sí, Señora. No iré solo. Un hombre me acompañará.

—¿Quién es él?

—El posible falsario. Admito que puede serlo, y os repito que tal vez esté dando crédito a un loco o un visionario. Pero me ha impresionado su acento, su modo de hablar... y lo que ha dicho.

Lunia permaneció callada unos momentos. Kehor era inteligente, cauto y sensato.. Si algo no era Kehor, sería precisamente sugestionable o fácil de convencer. Tras un silencio meditativo, ella acabó afirmando.

—bien, Kehor. Esta noche..., cuando el cuadrante del tiempo marque la hora media,.. Si ese hombre te ha impresionado a ti, siempre será interesante verle y escucharle. Aunque sea solamente un embustero o un demente...

Cerró el Visor mural. Lentamente, se encaminó a su alcoba. Ei lecho de aire denso, esponjoso y blando, acogió su cuerpo, y poco después la bellísima reina de los Wulkan descansaba apaciblemente de sus preocupaciones y temores, de su fatigosa tarea de regir los destinos de un mundo en guerra con los habitantes de más allá de las frías estrellas del ciclo de Alton...

CAPÍTULO II


RA alto, enjuto, casi fantasmal. De inquietantes ojos oscuros e insondables, cabello blanco, larguísimo, como larga era su barba blanca. Se apoyaba en una especie de cayado de piedra de árbol-roca, sin peso, un vegetal muy abundante en Alton. Sus ropas eran sencillas, sobrias. Blancas, flotantes basta sus pies calzados con puntiagudos zapatos de piel de «zuckee», o zorro alado de las mesetas de Septentrión.

La faz larga, estirada, magra y angulosa, tenía el color cobrizo de un largo espacio de tiempo sometido a la intemperie de los soles diurnos y nocturnos de Alton. La boca cansada, de rictus amargo y vencido por avatares de una larga existencia, sin fortuna ni quietud, sonrió a la reina con respeto y admiración.

—Saludo a la hermosa entre las hermosas, a la reina entre las reinas del Universo. A la mujer más extraordinaria de todos los mundos habitados...

Hizo una extraña reverencia, y besó la punta de sus dedos largos, huesudos y descarnados, llevándolos luego a la frente, para terminar dirigiéndose a Lunia.

—¿Y qué sabes tú de otros mundos? —preguntó ella, divertida, en su

sencillo trono de negro y plata, símbolo y colores de los wullkans —. Mientes al hablar, porque no puedes saber en modo alguno lo que afirmas. No has visto otros mundos ni otras mujeres o reinas. ¿Cómo vas a comparar, entonces?

—Zaar Xaba puede compararlo todo. Porque lo sabe todo... y lo ve todo, Señora.

Ella rio, a pesar de sus preocupaciones. Miró a Kehor, que hizo un gesto de pesar y disculpa, ante lo que le parecía una ridiculez ahora.

—Lo lamento, Gran Señora. No debí traerle. Creo que me dejé llevar por una idea tonta — el Consejero se disculpó, avanzando hacia el hombre de pelo blanco —. Vamos anciano. Está audiencia ridícula terminó. Ha sido un error...

—No, no, Kehor — le atajó Lunia vivamente—. No ha terminado mi audiencia.

—Pero...—confuso, el Consejero miró a la reina, sin entender.

—Deja que siga — miró con ternura a Zaar Xaba —. Sigue, buen anciano.

—Gran Señora, pidiéndome que continúe, acabáis de marcar el destino de vuestro pueblo... y acaso el vuestro propio — dijo inesperadamente el anciano de blanca barba, clavando en ella sus extraños ojos —. Gracias por confiar en mí, por no burlaros de este anciano que ve en el espacio y en el tiempo...

—Hablas de forma extraña y curiosa, anciano Zaar Xaba. ¿De dónde eres tú?

—De Orientalia, de las Tierras Bajas, en la Península Negra... Un lugar pobre y triste, Señora. Como tienen todos los mundos habitados, al lado de sus grandes urbes y enormes centros industriales. Ahí nacemos los desheredados de la fortuna, los que, por no ambicionar nada tampoco, dedicamos la vida a otras cosas. Yo la dediqué a escrutar misterios, a buscar en el pasado, en el futuro, en la distancia, por larga que fuese...

—¿Y eso..., te fue posible? — el escepticismo de la reina Lunia era evidente, a pesar de la impresionante gravedad empleada por el anciano al hablar.

—Todo es posible, si realmente se pretende alcanzar.

—Otros hombres, con estudios y cuantiosos medios, no han logrado ni siquiera un pequeño éxito esperanzador en el terreno de escrutar el tiempo y el espacio que no podemos ver con nuestros ojos. ¿Te refieres a eso, anciano?

—A eso me refiero, Señora...—tenía una mano apoyada en su bastón. La otra, la alzó, señalando a un punto inconcreto, con un índice largo, huesudo, sin temblar —. Y allí, en mi vieja choza, está la máquina, el medio de penetrar en dimensiones insospechadas por nosotros, los wulkans. Insospechadas por otros muchos habitantes del Cosmos...

Kehor y la rubia beldad de Alton se miraron en silencio, desconcertados. La solemnidad del viejo alejaba toda idea de superchería. Parecía estar bien convencido el mismo de todo cuanto decía.

¿Es un loco..., un visionario...? ¿O un auténtico genio?

—¿Dónde es... «allí»? ¿En tu tierra de la Península Negra?

—No — denegó lentamente Zaar Xaba —. Demasiado lejos para que vos, Gran Señora, pudierais ir a ver el futuro de vuestro reino..., el futuro de los mundos y de sus seres. Y también el presente más remoto…

—¿Entonces..., aquí, en Centrópoli?

—Eso es. A menos de un giro de cuadrante de tiempo... Cosa de media hora, en un sonomotor...

—¿«Media hora»? — ella enarcó sus rubias cejas—. ¿Qué significa eso? jamás oí esos términos...

—Oh, es cierto — Zaar agitó su mano enjuta —. Horas, minutos, años..., ¡siglos! Esos son términos que no conocemos en Alton. Medidas de tiempo, en otro lugar del espacio tiempo,.. Un lugar muy lejano de nosotros.

—No divaguemos — cortó Lunia, la hermosa—. Un giro de cuadrante no es mucho. ¿Vamos, Kehor, con este hombre?

—¡Pero, Señora! —Kehor la miró, atónito—. Eso no será en serio. Puedo ir yo a comprobar esa farsa, pero... ¡nunca vos, nuestra reina! Puede ser incluso una emboscada de los sierpes...

—Zaar Xaba no tiende emboscadas — declaró con altivo orgullo el anciano —. He dicho la verdad. No pido credulidad, Ni espesaba tanto de la Gran Señora. Me marcho, y pido perdón por mi audacia. Adiós, Señora...

—¡Espera, Zaar!—le ordenó ella, rotunda, incorporándose, Miró a Kehor con firmeza — Vamos a ir, Kehor. Este hombre, como a ti te ocurrió, ha logrado impresionarme...

Zaar Xaba habló sencillamente, sin grandilocuencia, en respuesta a las palabras de la reina:

—La verdad siempre impresiona, Gran Señora...

E inclinó la cabeza, iniciando la marcha hacia la salida de la regia alcoba privada donde se celebraba la entrevista. Como fascinados, igual que autómatas dominados por una voluntad superior y poderosa, Kehor y Lunia le siguieron...

* * *

—Ya hemos llegado. Señora; tened cuidado. Esto no es vuestro palacio, ni las avenidas de Centrópoli o las carreteras aéreas de las altas torres urbanas. El suelo es desigual, áspero y feo. El lugar, también. Es el mundo de los desheredados de la fortuna. Un mundo que no conocéis, ¿verdad?

—Apenas si lo he entrevisto — confesó ella —. Pero no me arredra. En marcha, Zaar.

—Sois una gran reina — suspiró el anciano, satisfecho, echando a andar, apoyándose en su cayado de ambarina piedra ligera y moldeable —. Me siento feliz de haber logrado lo que logré..., solamente por vos y por nuestra raza.

—Señora, creo que es una expedición insensata —avisó Kehor, realmente

preocupado, mirando en torno, a la llanura pedregosa, cruzada de zanjas, senderos de graviton, arroyos de agua azul y lomas abruptas, irguiéndose como monstruos de los Llanos Malditos—. ¿Por qué no regresamos? Incluso temo dejar aquí el sonomotor. Pueden robárnoslo...

—No hay ladrones en Alton — replicó fríamente ella —. ¿Qué temes, Kehor?

—A los sierpes. Esto no me gusta, Señora.

—Espera un poco aún, Kehor. Sigamos a este anciano. Creo que ahora soy yo quien está mucho más impresionada, que tú por sus palabras. Es... como si hablara un oráculo, cuando mueve sus labios. Parece cuerdo y sincero. Noble y sabio, en fin.

Kehor movió la cabeza, vacilante. Nunca hubiera esperado tal impresión en ella. Siguió a su vez al anciano y a la reina. En su mano derecha empuñaba un turbo-proyector. A la menor señal de peligro, lanzaría sus rayos mortíferos y luminosos sobre Zaar Xaba y lo que pudiera originar ese peligro. Iba alerta.

Lunia, en cambio, iba confiada plenamente en el objeto inofensivo de la excursión nocturna.

Tras una loma, apareció de pronto el destino de su viaje. Una choza, una casa semioval, construida en simple piedra blanda, roja. Muchos pobres construían sus viviendas de esta materia, alejados de las grandes ciudades. Iban desapareciendo paulatinamente, absorbidas por el movimiento progresivo de la raza Wulkan. Pero aún quedaban en pie algunas. Como aquella, que Zaar señaló con mano enérgica, indicando:

—Mi vivienda... Venid, venid sin miedo...

Avanzó, como una flotante forma irreal, en las sombras azules de la planicie desierta, únicamente iluminada por las distantes estrellas, en el cielo brillante, diáfano.

Le siguieron hasta la puerta. Ésta se abrió. Entraron tras de él. Una luz fosforescente brotaba de las paredes. Era un fenómeno habitual en Alton. Piedra luminosa, para suplir la falta de electrodos.

A su claridad irreal, extraña, pudieron ver los escasos enseres de la vivienda. Asientos toscos, una mesa, un cuenco y un primitivo plato, algunos alimentos en estado natural, sin reducir químicamente, a píldoras o líquidos. Una cama de madera de árboles-tejido.

Y un objeto más, en el centro de la estancia. El único desconcertante, que ni Kehor ni Lunia supieron explicarse lo que sería.

Una simple caja de fibra metalizada, forma exagonal, con tamaño aproximado a la mitad de altura de una persona, y doblemente ancha y gruesa.

—Bien — dijo Kehor, sarcástico, mirando con recelo al anciano —. ¿Y ahora?

El anciano no respondió en el acto. Se acercó a la caja exagonal. Luego, volvió sus oscuros y profundos ojos sin expresión hacia la Señora de Alton.

—Venid — invitó, suavemente —. Venid hasta el Estuche Vidente, hacia

el Hexágono del Espacio-Tiempo... Venid, Señora. Sin temor. Sería capaz de morir por vos sin dudar. Nada temáis de Zaar Xaba. Acercaos..., acercaos y veréis...

Ella avanzó despacio..., ligeramente asustada, a pesar de su serenidad y dominio de sí misma.

—¿Qué es..., qué es lo que veré? —preguntó con voz débil, avanzando paso a paso, sin una sola vacilación en sus andares lentos.

—El Ayer..., el Hoy..., el Mañana... Lo que nos rodea y lo que jamás podrá ver ningún otro ser viviente de nuestro Presente... ¡Veréis el Oráculo de los Tiempos Eternos, Señora!

Y con un gesto fácil, sin dramatismos, apoyó su mano en un lado del poliedro. La tapa, o lo que fuese, en la parte superior de la rara caja metálica, se abrió despacio...

No sucedió nada en principio. Después, ante los ojos sorprendidos de Lunia y Kehor, una luminiscencia azulada brotó de la caja por su abertura superior. Esa luz, al caer sobre el rostro del anciano, le prestó un aspecto fantástico, inaudito. Los ojos brillaban como auténticas ventanas abiertas a un mundo oscuro, impenetrable, más allá de la Vida, de la Realidad y de lo Conocido:..

—Venid... ¡Venid y acercaos a la Ventana del Espacio-Tiempo!... —invitaba, sugestiva y cálida la voz, haciendo avanzar paso a paso a la reina de Alton, hacia su extraño artefacto de luz azul —. Asomaos... y ved... ¡«Ved lo que nadie verá ya»!

Lunia no olvidaría jamás las experiencias que siguieron a aquellos momentos. Estaba ya junto a la caja metálica, que parecía envuelta en una rara y fosforescente neblina. Alargó, lentamente, su cuello de cisne estilizado. Se agitaron los cabellos de oro, de centelleantes hebras amarillas, y los ojos verdes fulguraron, reflejando increíblemente la luminosidad azul, hasta cobrar un tono de prodigiosa belleza...

—¡Oh...! —musitó, inclinándose sobre el rectángulo de luz azul, que parecía cegarla. Y miró, miró hasta absorberse, hasta sentirse como hundida en aquella claridad de otro mundo...

Kehor no se movió. Su turbo-proyector apuntaba directamente al anciano. Hubiera apretado el botón rojo del disparador a la menor señal sospechosa en la inquietante escena de la choza.

Pero eso no ocurrió. Zaar miraba a Lunia, simplemente, con aire expectante, en tanto que ella parecía fascinada por lo que veía dentro del poliedro.

Lunia estaba asistiendo a una fantástica metamorfosis en el cuadro de luz azul. Poco a poco, formas y colores iban creándose en el interior de la caja poliédrica.

Un fondo negro, denso, se fue materializando. Y sobre ese fondo negro, miles de luces distantes, con parpadeos intermitentes, fueron poblando la

visual de Lunia, hasta que el Universo mismo, el infinito Cosmos y sus cuerpos celestes, estuvo ante su mirada atónita.

Aquello podía parecer un juego de magia, de perfecto ilusionismo. Pero no..., porque sintió como si ella misma caminase a través de aquellos espacios... Los mundos se movían, acercábanse a ella, pasaban, quedaban atrás, surgiendo otros en los horizontes sinfín de la eternidad estelar.

De súbito, una estrella azul, esplendorosa... Y la marcha siguió. Hacia un planeta rosado, con franjas atmosféricas grises y blancas. Ella lo reconoció.

—¡Alton! ¡Nuestro mundo! ¡Y esa estrella azul..., nuestro sol!

—Sí, Señora. Eso es Alton. Alton..., hoy en día. En el presente... ¡Y mirad allí!

Señalaba hacia otro punto, un lugar en el cielo cuajado de astros. Lunia se estremeció. Conocía aquella estela verde, cruzando fulgurante la negrura de los espacios. Otras estelas de igual color, diminutas, se apreciaban en la distancia.

—¡Sierpes! — murmuró, estremecida de horror.

—Sí..., Sierpes que vienen hacia aquí. A continuar su invasión. Una invasión que durará siglos, que nunca terminará... hasta el día mismo de nuestro final.

Para eso falta mucho. Nuestra raza es fuerte. Resistirá generaciones enteras, a lo largo del tiempo. La lucha continuará, porque los sierpes no conocen la Muerte. Son inmortales, mientras no se les ataque. No sufren enfermedades ni desgastes físicos. Solamente la violencia les aniquila. Pero por cada uno que maten vuestros soldados, Señora, nacen mil sierpes más en su lejano mundo.

—¡Dios mío!... —ella apartó un momento los ojos de la fascinante escena —. ¿Y cuándo será eso? ¿Cómo será nuestro final?

—Así, Señora...—señaló al Espejo del Espacio-Tiempo —. Vedlo ahí.

Lunia volvió a mirar. Y lo vio...

Fue como si una ráfaga de niebla luminosa borrara la visión anterior. Otra fue siluetándose, cobrando forma en el cuadro visual del futuro. Un futuro aterrador que hizo retroceder a Lunia con un grito terrible. Kehor corrió a su lado, asustado, se asomó... y no vio absolutamente nada, salvo humo luminoso, brotando del fondo.

—¿Qué es lo que ocurre? —miró, furioso, al hombre de blanca barba—. ¿Qué le ha hecho? ¡Ahí no se ve nada...!

—Usted no ve nada. Ella, sí. Ve el futuro... E! futuro de Alton, de nuestro mundo...

—¡Un futuro horrible! — gimió ella, regresando a la caja poliédrica. Se asomó de nuevo. Allí, ante ella, las ciudades y tierras habitadas, sobre el globo rosado de Alton, no eran sino ruinas, pavesas, humeantes escombros. Y nubes de formas verdes cubrían los cielos y la tierra, como una plaga espeluznante. ¡Sierpes! —. Es increíble... ¿Ése es Alton?

—Ése es Alton — asintió el hombre de barba blanca—. Ése será Alton...

—¿Cuándo?

—¿Quién sabe eso? —- se encogió de hombros el personaje capaz de escrutar en los tiempos —. Dentro de miles de años..., empleando el espacio de tiempo de la Tierra.

—¿La Tierra dices? —ella le miró asombrada—. ¿Qué es Tierra?

—Perdón, Gran Señora — Zaar Xaba se inclinó —. Olvidaba que aún no habéis visto todo lo que os está permitido ver, prever. Habéis presenciado ya lo que será el horrible futuro de Alton, en poder ya de los triunfantes sierpes. Ahora, volved vuestros ojos a una distancia fabulosa, inaudita. Una distancia que nuestros grandes cohetes intergalácticos, a la «velocidad super-luz», tardarían en alcanzar un espacio de tiempo que ninguno de nosotros puede vivir. Un mundo en formación, Señora. Un mundo remoto, habitado por seres como nosotros..., pero primitivos. Terriblemente primitivos....

De nuevo la ráfaga de neblina luminosa. Y el cuadro cambiado. Un paisaje extraño. El suelo rocoso, estéril... Grandes montañas de atormentados perfiles, lagos de fango hirviente... y extraños, colosales animales de enormes cabezas, gigantescas pezuñas y cuellos interminables, vertebrados con ciclópeos huesos bajo su piel durísima.

¡Y hombres!

Seres velludos, armados de grandes piedras, corrían por una planicie. Perseguidos por un enorme animal de aquellos, cuyas abiertas fauces casi alcanzaban a los fugitivos más rezagados. Hombres, sí, como en Alton. Pero de barbas incultas, largas melenas, rostro bestial, desprovisto de inteligencia, ojos aterrorizados. Iban sin ropas, o cubiertos por astrosas pieles. Descalzos, sobre la dura tierra, huyendo del gigantesco animal, ya virtualmente sobre ellos.

Más lejos, en la entrada de unas grutas excavadas en la roca viva, otros hombres y mujeres, igualmente primitivos y brutales, asistían con terror a la escena de sus semejantes.

Bastó un gesto con la mano de Zaar. La horrenda escena se borró, cuando ya la boca ciclópea se cerraba sobre cuatro de los fugitivos.

—¡Oh! — Lunia se cubrió la boca trémula con una mano crispada—. ¿Qué les ocurre?

—¿Qué nos importa eso? — sonrió tristemente el anciano —. El destino de los seres, en los mundos diversos del Cosmos, es siempre igual: nacer, vivir.., morir... Acaso morirán todos. Luego, llegarán otros, que matarán a su vez al animal. Y ellos serán, más tarde, muertos por otro monstruo como ese. Es una cadena. Todo vuelve a su principio siempre. La vida es un círculo sin fin, Señora.

—Tus palabras son extrañas y terribles, Zaar — declaró ella fascinada—. ¿Qué mundo es ése que me has mostrado? ¿Acaso el nuestro, cuando haya pasado nuestro aniquilamiento y una nueva raza empiece a crecer?

—No, Señora. Ese mundo dista millones de años-luz del nuestro. Está más allá de Andrómeda y de las constelaciones que vemos desde nuestro planeta. Mucho más allá, en la distancia infinita. Tienen un sol amarillo-rojizo. Hay otros mundos más cerca de ese que veis ahí. Mundos habitados, a los que los terrestres darán nombres de su propia Mitología: Marte, Venus, Júpiter, Saturno, Plutón... Todos ellos habrán muerto, carecerán de vida inteligente cuando ellos lleguen a explorarlos.

—¿Ellos? ¿Esos hombres primitivos y bestiales podrán llegar jamás a...?

—Sí, Señora. Son hombres como nosotros. Creados por El Mismo que nos creó a nosotros.

—¿Y eso..., es la Tierra?

—La Tierra — afirmó, solemne, Zaar Xaba —. Tal como es ahora. Tal como son sus hombres en este preciso instante.

—¿Y por qué me la has mostrado? ¿Qué tenemos nosotros en común con esos seres, aunque sean hombres de nuestra misma naturaleza y forma?

—Mucho más de lo que suponéis, Gran Señora — dijo con tono extraño el anciano —. En ese mundo, en uno solo de esos hombres, estará la salvación de Alton, y la aniquilación total de los sierpes. Un terrestre tendrá en sus manos los destinos de Alton y de la raza Wulkan, el destino mismo de todo el Universo, que a la larga será, si no, dominada e invadida por los sierpes.

—¿Uno... de esos? ¡Pero si son simples bestias primitivas! No pueden luchar con un animal gigantesco, y en cambio..., ¿van a poderse enfrentar siquiera a un alud de sierpes, inteligentes y despiadados?

—Es que ese hombre, ese ser de la Tierra que podrá cambiar el curso del Universo, aún no ha nacido. Ni nacerá, por los siglos de los siglos, hasta dentro de un espacio de tiempo que no podemos siquiera imaginar.

—¡Dios mío! —suspiró Lunia, muy pálida—. Entonces, ya será tarde para todo...

—No será, tarde. De otro modo, ese hombre no significaría nada en el futuro de nuestro mundo. Pero la Tierra ha de cambiar. Sus hombres despertarán del letargo de su primitivismo, aguzarán su inteligencia y crearán una civilización. Las guerras y los odios les destruirán muchas veces. Grandes cataclismos, creados por su propia soberbia, les volverán al principio. Y por eso harán falta UN MILLÓN DÉ AÑOS para que su raza alcance el grado preciso de progresos y adelantos técnicos y científicos, capaces de ponerles en contacto con los mundos de otros espacios, con el ámbito exterior de su planeta...

CAPÍTULO III


UNIA le miró fijamente.

—Un millón de años... ¿Qué espacio de tiempo es ése?

—La mitad de lo que tarda nuestra luz en llegar a la Tierra, las claras noches en que sería visible, si el hombre terrestre tuviera instrumentos para otearnos, Señora... A velocidad de superlumínica, tardaríamos justamente ese millón de años en llegar a la Tierra. Es decir, que cuando alcanzáramos su superficie, ya existiría ese hombre de que os hablé. Un año, para los hombres de la Tierra, significará trescientas sesenta y cinco jornadas. Algo así como seiscientas de nuestro breve día de dieciséis horas...

—No comprendo esas medidas de tiempo, pero sí su equivalencia al nuestro — se estremeció Lunia—. ¡Ese millón de años suponen una diferencia insalvable en el tiempo, entre ese mundo en formación y el nuestro, supercivilizado ya!

—Sin embargo, imaginemos..., imaginemos que pudiera existir la forma de cruzar esa barrera del tiempo. En una palabra, de saltar al futuro... y hacer coincidir en la prodigiosa mecánica del tiempo y del espacio a nuestros mundos civilizados. Antes de la victoria total de Sierpe... y después de la civilización terrestre.

—Eso es un imposible. Una quimera filosófica, si acaso. Pero nada más. Nadie podría viajar hacia atrás o adelante en el Tiempo...

—Hice solamente una suposición, Señora. Tampoco puede nadie ver el futuro. Y vos lo habéis visto. Ved ahora el más remoto de los futuros... ¡Dentro de un millón de años, esa será la Tierra!

Otra vez, la, imagen se borró, para ser suplida por una nueva, fascinante como las otras. Lunia se sumergió de nuevo en su contemplación, hechizada por el inaudito prodigio.

Aquel mundo, antes en formación, primitivo y bárbaro, de hombres cavernarios y monstruos prehistóricos, tenía una fisonomía nueva, asombrosa. Asombrosa, incluso para un wulkan del supercivilizado Alton.

Ciudades bellísimas, plateadas y de líneas fulgurantes, estilizadas al máximo, aparecían envueltas en la opalescente, vidriosa cobertura de grandes campanas transparentes. Luz solar, almacenada, lo inundaba todo de claridad y de calor. Vegetación en cultivos artificiales pero bellísimos, aeronaves de línea aguda y esbelta, y un verdadero cinturón de espejos solares, satélites artificiales y estaciones dél espacio. Cohetes interplanetarios volaban en el vacío, entre los demás mundos y la Tierra.

—¿Y habrán de pasar... un millón de años hasta llegar a eso? —musitó,

asombrada.

—Sí, es lo que hemos de esperar... — agitó su mano mágica. Se borró todo en el interior del portentoso poliedro. Lunia y el anciano se miraron con fijeza —.

Y ahí termina lo que vos podéis ver en mi humilde invento. Solamente reflejos de las cosas y de los seres, en esa Caja del Espacio-Tiempo. Yo, sin embargo, veo más aún. Veo el momento en que nacerá un hombre... ¡El salvador de Alton!

Como fascinados, Lunia y Kehor miraban al profético Zaar Xaba, erguido en medio de la pobre choza, los ojos clavados ahora en un punto del vacío, como viendo lo que nadie era capaz de ver. A medida que hablaba, crecía su excitación; sus ojos expresaban más y más sensibilidad e impresión ante su personal visión de algo que estaba muy lejos de ellos y de su tiempo.

—El salvador de Alton..., que jamás podrá serlo, si antes, en el cruce de las dimensiones del espacio y tiempo, no encuentra a la mujer wulkan que habrá de guiarle a la lucha heroica y al triunfo final...

—Una mujer? —susurró, atónita,, Lunia.

—Una mujer... hermosa entre las hermosas — siguió la voz tensa, en éxtasis, del anciano de blanca barba —, Una mujer wulkan que irá al terrestre. Y él la ayudará, él será desde ese momento su paladín, el héroe para una raza de la que jamás habrá oído hablar, y cuya existencia nunca imaginó... Solamente ese hombreé conductor de la justicia Divina, elegido por Dios para salvar a un mundo con el que nada le une, del que le separan un millón de años en tiempo y distancia, podrá vencer a los sierpes. Y mi profecía, mi visión de ese mañana remoto, termina diciendo que les vencerá con sus propias armas…, si en un momento crucial, no se deja vencer por la tentación del Mal y por la inteligencia de los sierpes.

—¿Tu profecía no dice en qué consistirá esa tentación... ni quién será el terrestre elegido por la Providencia para salvamos? — preguntó ella, anhelante.

El anciano acabó su éxtasis. Suspiró con fuerza, bajó los brazos, se apagó la luz irreal de sus ojos insondables, y pareció volver, fatigado, a la realidad. Se pasó una mano trémula sobre los párpados. Luego, miró a Lunia con una sonrisa triste.

—Todo tiene sus límites en la Creación, Gran Señora; — dijo despacio —. Mi pobre mente termina también allí donde me está vedado entrar. No puedo saber lo que tiene que ocurrir. Solamente veo..., veo el lenguaje, de las estrellas, que me dice todo eso. Pero ahí termina la profecía estelar. Los astros no dicen más. Están mudos, Señora, Como mi Caja del Espacio-Tiempo. Ahora, ya sabéis lo necesario..., y tal vez en vuestras manos esté el destino del Universo.

—¿En mis manos? Pero, Zaar, date cuenta de que nada puedo hacer por mi gente ni por la de otros planetas. Yo no puedo salvar una distancia de un

millón de años...

—¿Quién puede saber eso? — el anciano se encogió de hombros con una sonrisa —. Los designios de Quién nos creó, son inescrutables. Tal vez, mañana mismo podéis tener la respuesta a vuestra pregunta..., a vuestras dudas... Y la elección estará al alcance de vuestra mano. Lo mismo que el destino de todos, al alcance de la mano de ese terrestre privilegiado, de este hombre entre los hombres… Si mañana elegís con acierto, si en el mañana de los siglos venideros, ese hombre salva la tentación maligna... ¡Entonces Alton, y con él todo el Universo, se habrá salvado para siempre!

Kehor miraba la caja poliédrica, entre sorprendido y perplejo. Habló a la reina roncamente:

—Gran Señora, no os dejéis embaucar. Haremos llevar esa caja a palacio, para que sea examinada por nuestros científicos. Si lo que habéis visto en su interior es pura mecánica de ese individuo, y sus palabras simple farsa, le haremos azotar y...

—Calla, Kehor — ordenó la reina —. Creo que este hombre no miente. No sé por qué..., pero lo creo. Como estoy segura de que cuanto vi, nadie puede hacérmelo ver por medios naturales. Es... es un prodigio que acepto, sin pretender saber por qué ni cómo... Vámonos, Kehor, Volvamos a palacio.

Este dijo:

—Bien, Señora. Cuando ordenéis...

—¿Vienes, Zaar? Puedes dormir en palacio, y seguirme explicando mañana lo que...

—No, Gran Señora. Gracias por vuestra generosidad y vuestra fe en mí — el anciano se inclinó ante ella —. Pero os ruego respetéis mi austeridad. Prefiero dormir en mi pobre lecho, que en vuestras camas de aire estabilizado y vuestras, cámaras acondicionadas. Dejadme en mi humilde choza. Yo os prometo que mañana, cuando me necesitéis, estaré a vuestro lado. De un modo u otro, estaré...

Ella asintió. Respetaba sus deseos. El tono de aquel hombre le inspiraba confianza y seguridad. Seguida de Kehor, llego a la puerta. Cuando la pisó, para salir al exterior, bajo las estrellas, tuvo de pronto la impresión de que ya jamás iba a ver al noble y anciano Zaar Xaba. Que sería como si aquella misma barrera de tiempo y espacio por el señalada, fuera a separarles definitivamente. Le miró con una mezcla de afecto y de temor.

—Si nunca más nos viésemos, Zaar..., adiós — dijo simplemente —. Y Dios te bendiga por la profecía que me has traído...

—Que Él esté siempre a vuestro lado, Señora... Hermosa entre las hermosas —dijo solemnemente Zaar, inclinándose de nuevo —. Yo tampoco os olvidaré nunca...

Salieron. La puerta se cerró. Lunia suspiró, cambió una mirada con el atónito Kehor. Luego, ella únicamente pronunció unas breves palabras:

—Volvamos al sonomóvil, Kehor. Regresamos a Centrópoli...

—Sí, Gran Señora... —asintió lentamente Kehor.

*   *   *

—El profesor Klagg quiere veros, Señora.

—¿Klagg? — Lunia enarcó las cejas y miró a Kehor—. Trabaja en el Pabellón de Termo investigación, ¿no es eso?

—Exacto, Señora. Es el director de la Sección Termo-Física. Uno de nuestros mejores científicos. Trabajaba en la creación de climas artificiales para todo el planeta, y también en la búsqueda de un arma térmica contra los sierpes.

—Acaso haya logrado algo, Kehor. ¡Hazle pasar!

El consejero así lo hizo. El profesor Klagg era menudo, enjuto, de cráneo totalmente pelado y brillante, ojos menudos y astutos, y nariz de halcón. Su tez tenía el color terroso de los sometidos únicamente al sol ultravioleta de los grandes laboratorios y pabellones subterráneos de Centrópoli.

Se inclinó ante la reina. Luego, habló con acento excitado:

—Gran Señora,-perdonad mi premura. Pero es muy urgente que os hable...

—Hazlo, profesor Klagg — sonrió ella, animándole —. Escucho.

—Se trata de las investigaciones termo-físicas que últimamente he venido realizando. Creo que he dado con algo totalmente imprevisto y asombroso.

—¿Sí?

—Yo mismo estoy asustado, Señora. Es... es algo inaudito. Algo que escapa a mi propio control y dominio. Ni siquiera sé cómo pude conseguir cosa semejante.

—¡Vamos, profesor, acaba de una vez! ¿De qué se trata? ¿Has dado con un arma nueva contra los sierpes? ¿Algún producto experimental para los climas artificiales en estudio?

—No, no, Gran Señora. Nada de eso — se pasó una mano nerviosa por el rostro enjuto, brillante de sudor—. Ha sido..., ha sido como un accidente. Por pura casualidad, me he encontrado en mis manos con un mecanismo que jamás pensé en crear. Una auténtica revolución, Señora, dentro de nuestra ciencia actual.

—Profesor Klagg, me asustas e inquietas. Basta de rodeos. ¿De qué se trata?

El sabio tragó saliva, hizo una pausa, frotándose nervioso los dedos, y terminó diciendo con gravedad:

—De una urna termocongeladora... que puede helar a seres vivos, deshelándolos en una fecha determinada, no importa cuando esta sea. Basta marcar el tiempo preciso. Y al final de ese plazo, funciona un auto-descongelador interno... y el cuerpo vuelve a la vida, con el calor y vitalidad originales, sin peligro ni merma alguna para su físico, reflejos mentales y carácter.

Lunia se quedó sin aliento. Aquello era inaudito, ciertamente. Un

escalofrío recorrió su cuerpo. Preguntó, sin saber por qué lo hacía:

—Y ese termo-congelador..., ¿no tiene límite de tiempo? ¿Es eso lo que dices, Klagg?

—Eso dije. Un wulkan puede ser congelado por la máquina. Y ésta, dentro de un espacio de tiempo casi infinito, de no ser destruida con su contenido, como es natural, obrará por sí misma, devolviendo vida, calor y circulación sanguínea a la persona dormida y helada que repose dentro.

—Suponte..., suponte que una persona, deseara reposar en esa máquina térmica durante miles de generaciones, durante cuarenta o cincuenta mil generaciones pongamos por caso, y al término de ese tiempo quisiera seguir viviendo, al despertar de nuevo a la existencia.

—Es posible — asintió Klagg, excitadísimo —. Basta un ligero cálculo matemático... y el resto lo realizaría la máquina. He hecho comprobaciones limitadas. Estoy plenamente seguro de mi ingenio. Pero ¿qué utilidad puede tener? Es... es como conceder una vida que no le pertenece a la persona que se sometiera al experimento decisivo.

—Klagg, quiero decirte algo — el tono de Lunia era ahora el que reflejaba excitación, tensión. Sus verdes pupilas brillaban —. Sabes que tenemos astronaves capaces de volar a velocidad superlumínica.

—Claro, Señora. ¿Quién ignora eso?

—Con una de esas naves se podría llegar a cualquier mundo, por remoto que fuese. Pero incluso en una de esas naves, si la distancia es gigantesca, se tarda tiempo. Un tiempo superior a la vida de cualquiera de nosotros, incluso a mil vidas una tras otra.

—Más allá de Andrómeda, se extienden millones de mundos — asintió Klagg —. Pero nadie pudo llegar jamás a ellos, a pesar de contar con el vehículo apropiado. Está vencida la distancia, el espacio, no el tiempo...

—¿Y con ese termo-congelador..., podría ser vencido el tiempo, ese gran enemigo de todo ser que vive y muere? Di, Klagg, quiero una respuesta rotunda, concreta: ¿podría una persona dentro del congelador que tú has descubierto casualmente, y metida la máquina, a su vez, en el interior de una astronave superlumínica, llegar a esos mundos remotísimos... y despertar después de una verdadera inmensidad de tiempo?

—Podría ser — asintió Klagg—. Podría ser..., pero eso ya no es seguro. Los peligros del Cosmos son infinitos. Y existe el peligro tremendo de que al unir los factores espacio-tiempo, en un viaje que rompa ambas barreras a la vez, ello provoque una contracción dimensional, hasta hoy sólo factible en teorías y conceptos filosóficos.

—¿Y qué sucedería entonces?

—Podrían suceder muchas cosas. Una, que ello aniquilara definitivamente al ser vivo sometido al experimento, por falta de adaptación a la nueva dimensión hallada. Otra, que los miles de generaciones pasados por el viajero del espacio-tiempo, no fueran, en nuestro mundo, sino el equivalente de dos o

tres generaciones, acaso diez como máximo. O la inversa. Que al despertar, millones y millones da generaciones, hubieran quedado atrás, que incluso llegase al fin mismo del tiempo y del espacio... o más allá de ese fin.

Lunia se estremeció. Las manifestaciones de Klagg eran sinceras y lógicas. Nadie, hasta entonces, había logrado en Alton romper la armonía de dimensiones y conceptos inamovibles. ¿Qué sucedería, si alguien elegía aquel sueño helado, casi eterno, a través de la inmensidad estremecedora de los tiempos venideros?

Sin saber por qué, dentro de su mente resonaron voces lejanas, repetidas por sonoros, estremecidos ecos:

«... Tal vez, mañana mismo podéis tener la respuesta a vuestra pregunta... Y la elección estará al alcance de vuestra mano..., lo mismo que el destino de todos...»

Se estremeció. De nuevo la misma voz, que tenía un singular parecido con la del anciano y profético Zaar Xaba, retumbó bajo su bóveda craneana:

«Si mañana elegís con acierto... ¡habréis salvado- a Alton, a todo el Universo!... Mi pobre mente termina allí donde me está vedado entrar... No puedo saber lo que tiene que ocurrir...»

—¿Os ocurre algo, Señora? —inquirió, solícito, el profesor Klagg—. Habéis palidecido..., tembláis...

—No, no... No es nada., Klagg. No te preocupes por mí...—jadeó ella.

Y mientras tanto, pensaba. Pensaba, entre los ecos de aquella voz incrustada en lo más profundo de su cerebro, quizá resonando más fuerte ahora que nunca al gritarle:

«El salvador de Alton, jamás podrá serlo, si antes, en el cruce de las dimensiones espacio y tiempo, no encuentra a la mujer wulkan que habrá de guiarle... Una mujer hermosa entre las hermosas... Yo os prometo que mañana, cuando me necesitéis estaré a vuestro lado. De un modo u otro... estaré.»

Al despedirse, recordó que Zaar la había llamado «hermosa entre las hermosas»... ¡como a la mujer wulkan de su profecía!

Miró en derredor, asustada. No. Solamente estaban ella y Klagg. Ni rastro del anciano misterioso. Pero parecía estar allí. Sus ideas, sus palabras, gravitando sobre ella, conduciéndola a un fin, a una decisión. Una grande y terrible decisión...

Vaciló aún. Estaba Tanag, su prometido. Ahora luchaba, al frente de las tropas wulkans, en los páramos de Septentrión, contra los horribles sierpes. ¿Era justo hacer esto? ¿Merecía ser abandonado... para no verlo nunca más?

Dominó sus sentimientos. Antes que su egoísmo de mujer estaba su deber de reina, su responsabilidad al frente del pueblo wulkan. Y, acaso, ante el Universo entero, si la predicción fabulosa de Zaar Xaba era cierta...

La decisión salió de sus labios con firmeza, haciendo retroceder, lleno de estupor, al profesor Klagg:

—Está resuelto, Klagg. Tu máquina ha sido algo así... como el vehículo para una profecía increíble. Ordena que coloquen la termocongeladora en una nave superlumínica. Después..., «me congelarás a mí, Klagg».

—¡Pero, Señora, no...!

—Para despertar dentro de dos millones de estaciones de nuestro mundo..., dentro de un millón de-años, en el mundo a donde me dirijo. Luego, que Kehor, mi fiel consejero, conduzca esa nave rumbo a Andrómeda. Sin detención, sin punto de destino concreto.

— ¡Eso es una locura, una terrible imprudencia, Señora! — clamó el profesor, horrorizado —. ¡Es como condenarse a morir en el espacio..., perdida para siempre en el vacío!

—Puede ser eso, Klagg... o puede ser el principio de mi destino. Y el de alguien que todavía tardará un millón de años en nacer...

* * *

Kehor contempló la estela de luz. Ésta se perdió como un fuego efímero, en la negrura de los cielos estrellados. Hacia Andrómeda... o más allá de Andrómeda... Hacia un punto ignorado, al que Zaar llamaba la Tierra.

Suspiró, mirando a Klagg con ojos opacos, amargos.

—La hemos perdido — dijo con voz ronca —. Para siempre Klagg. Hemos perdido a nuestra hermosa e inteligente Lunia, la reina de Alton... sólo, porque un viejo chiflado pronunció una profecía absurda, imposible...

—Lo sé — dijo Klagg lentamente—. Pero ni vos ni yo hemos podido disuadirla. Era su decisión regia, su voluntad suprema. Ahora... ahí va. En un ataúd a los cielos, en una nave que se perdió en la distancia, que jamás volverá al planeta Alton... con la urna termo-congeladora dentro. Y con el cuerpo de Lunia, la hermosa, reducido a una forma helada, que tardará en despertar lo que ella llamaba «un millón de años».

—No debimos consentirlo — gimió Kehor —. No debimos. Klagg... Yo..., yo amaba a esa mujer...

—¡Vos! Pero Kehor, ella amaba a Tanag, su prometido...

—Lo sé. El mío era un amor sin esperanza. Pero se consolaba mi corazón al verla, al oír su voz, al sentirla cerca. Aunque hubiera sido esposa de Tanag, hubiera seguido teniendo el mismo consuelo, dentro de mi terrible amargura. Ahora... la perdí para toda la vida. Jamás la volveré a ver sonreír, jamás miraré sus verdes ojos, su hermosura sin igual. Solamente si existe esa otra vida eterna en la que nuestro pueblo tiene fe, nos encontraremos allí, Klagg... dentro de un millón de años.

—Es un período de tiempo muy grande. Incluso para las cosas eternas — Klagg respiró hondo, apartando sus ojos del cielo. Ya era invisible la estela de la nave superlumínica, que, a velocidad mayor que la de los rayos luminosos, volaría por los espacios siderales hacia... ¿hacia dónde? El profesor agregó—: Y todo eso... ¿por qué, Kehor?

—Por una profecía que no se podrá cumplir... Para buscar a un hombre. A

un fantasma remoto, que ni siquiera ha nacido. Un ser que nacerá dentro de ese horrible e infinito millón de años que nos separa de la profecía...

* * *

Kehor, atónito, se detuvo en el páramo de las lomas. A media hora de Centrópoli, como dijera Zaar Xaba. Pero allí no había ya choza, alguna. Ni rastro del anciano o de su diabólico poliedro del espacio-tiempo, donde Lunia viera el futuro de su mundo y el de la Tierra...

Regresó al palacio, apresuradamente. Ordenó a las fuerzas de la policía Wulkan la búsqueda de un anciano medio loco llamado Zaar Xaba, misteriosamente desaparecido. Ahora, Tanag iba a ser el rey de Alton.

Y él, su brazo derecho, el ejecutor de todas sus decisiones.

Pero todo era inútil. Las centrales de la Policía Wulkan de todo el planeta, transmitieron el mismo informe: Zaar Xaba no aparecía, no estaba en parte alguna. Pidió informes a otras ciudades, a otros hombres, vagabundos o trúhanes, falsarios o hechiceros, campesinos y ciudadanos. Nadie conocía a Zaar Xaba. Nadie le había visto nunca. O si le vieron, nadie le recordaba.

Pidió datos a la Península Negra, de donde dijera ser Zaar Xaba. Y nadie le pudo dar informe alguno. Zaar Xaba, al parecer, no existía. No era nadie.

—No existe...—musitó, horrorizado—. ¡Nadie le conoce ni le vio jamás, excepto Lunia y yo! Dios mío, ¿quién puede ser ese hombre? Yo oí su voz..., yo le vi..., ¡yo le toqué con mis propias manos y existía! ¡Era real! Ahora, ni él, ni su máquina infernal, ni su choza, ni siquiera su nombre, existe en todo Alton!

Desesperado, miró a las alturas, a través del transparente techo curvo de la gran cúpula de palacio. Vio las estrellas lejanas. La mancha difusa, nebulosa y fosforescente de Andrómeda y sus millones de mundos.

¿Dónde estaría ella? ¿Por qué lejanos e inaccesibles espacios flotaba ahora el cuerpo dormido, helado, de aquella mujer maravillosa, condenada por una abominable maquinación, por la Profecía de un ser que jamás existió?

¿Qué diabólico y terrible misterio ocultaba todo aquello? ¿Y cuál era el destino final de Lunia, hermosa entre las hermosas, allá en el Cosmos infinito, fluctuando entre el espacio y el tiempo, o acaso más allá de ambas cosas, tras la barrera, invisible de lo desconocido?

Kehor inclinó la cabeza, vencido por su dolor y su desesperada impotencia. Ya no podía hacerse nada. Nadie, ni siquiera en otras naves superlumínicas daría nunca alcance a Lunia. Llevaba la más rápida de todas las astronaves de Alton. Construir otra igual, requeriría tiempo. Y después, tampoco podrían jamás darle alcance, sino volar estérilmente en su busca, siempre a remolque de ella...

—Adiós, Lunia — musitó, con voz rota —Adiós para siempre... y quiera Dios que, por lo menos, dentro de un millón de años, se cumpla la profecía... y encuentres a tu hombre de la Tierra...

Las estrellas, oráculo hermético, inmutable, donde el fantástico Zaar Xaba

leyera el destino de los seres del Universo, y el designio de una mujer y un hombre, para luchar y vencer a ese destino, sobre la cabeza aniquilada de Kehor, permanecieron mudas, silenciosas, con su eterna luz parpadeante, azulada y fría...

A él, a los demás seres, no podían decirle nada. Jamás dirían si la voz del profeta Zaar fue verdad.

Sólo el tiempo tenía la clave de aquel portentoso secreto.

SEGUNDA PARTE

UN MILLÓN DE AÑOS DESPUÉS...

«...Y el tiempo y el espacio, a través de un millón de años, esperaron al elegido... La distancia era la misma para espacio y tiempo. Sólo faltaba que ambas cosas se unieran... y se quebraran para juntar a unos seres de imposible coincidencia...

Así comenzó a ser realidad la Gran Profecía de las estrellas, en el remoto futuro de los Mundos...»

CAPÍTULO IV

A L E X



ÑO 2650 de la Era Cristiana. Siglo XXVII para los hombres del planeta Tierra.

Muchas cosas habían cambiado en el mundo, en los últimos siglos. Pero había costumbres a las que la conquista de los espacios siderales, los progresos científicos, la evolución misma del hombre y el dominio de los elementos para, artificialmente, someterlos al poder y voluntad del ser humano, no podían en modo alguno cambiar.

Tales eran los lugares de diversión. Los espectáculos eran ahora grandiosos, la técnica había progresado increíblemente, de haber podido ver unas cuantas generaciones, desde el siglo xx en adelante. Las cantinas y locales donde se bebía, se jugaba y se divertían los hombres... continuaban, más o menos, igual.

La única diferencia entre una cantina del 2650 sería similar a la que pudo existir entre una de 1500 y otra de 1950, por ejemplo. Otro estilo decorativo, otros materiales, un sistema de servicio automático, mesas y asientos movibles, que desaparecían al marcharse los clientes, dejando todo desierto, con lo que se evitaba tener que cerrar toda clase de establecimientos, una vez concluida la jornada.

Aparte de eso, de los licores mismos, concentrados de tal modo que pequeños recipientes microscópicos eran capaces de embriagar a un hombre, sin que todo el progreso científico se hubiera detenido a buscar nuevos antídotos eficaces para una vulgar borrachera, todo lo demás era igual. Los hombres tenían las mismas humanas debilidades.

El juego, la bebida, las mujeres y el dinero continuaban, a pesar de cuanto se esforzaran los gobernantes de la Gran Federación Mundial, y los numerosos Comités y Subdelegaciones de Investigación Psicológica, siendo los cuatro grandes vicios y debilidades del adelantado hombre del siglo XXVII.

La raza humana, según las estadísticas, y con referencia a los datos de pasados siglos, archivados en la Sonoteca y la Visioteca de cualquier ciudad de mediano orden, había progresada ligera pero evidentemente.

La estatura media de los humanos, tras la amplia influencia de los sajones y nórdicos del siglo XXIII, había crecido en bastantes centímetros. Lo habitual, eran hombres que rozasen los dos metros. Un tipo de metro noventa o cosa así se consideraba relativamente bajo. Incluso había hombres fuera de lo corriente, con sus dos metros diez o más.

Alex Rand era de los hombres de dos metros. Atlético, arrogante, rubio y poderoso de físico. Los ojos, celestes como el mismo espacio surcado por las naves del hombre a fantásticas velocidades, entre todos los planetas del Sistema Solar, excepto el lejano Plutón. Todavía no se había roto la barrera de

la luz, para lograr tal cosa fácilmente. Ni se rompería. Al menos, Alex Rand era de ese criterio. La velocidad lumínica era, humanamente, insuperable e insalvable, por mucho que se avanzara en el progreso científico y técnico.

Alex Rand, a pesar de tener sus propias ideas sobre muchas cosas así, era un recluta. Recluta especial, como todos los destinados a los Cuerpos de Navegación Interplanetaria de la Base Central de Sidéreo, la capital del mundo de los cohetes, sobre la faz de la Tierra.

Sidéreo, fabulosa urbe encerrada en una gran campana de vidrio magnético e irrompible, bañada siempre en luz solar artificial, concentrada por los grandes espejos de sodio que, desde el superespacio, reflejaban los rayos del sol, lanzándolos sobre la Tierra en reducida escala para no abrasar su superficie, era la ciudad más grande y poderosa de la Federación Mundial de Continentes Unidos. El F.M.C.U., siglas de la gran unión internacional, depositó en Sidéreo, no solamente sus enormes bases y rampas ciclópeas, para lanzar los agudos, centelleantes cuerpos de cohetes estelares, sino oficinas, centrales, nudos nerviosos del vasto y complejo sistema aéreo de la Tierra, en su enlace espacial con los demás mundos del Sistema Solar. Las grandes ilusiones y sueños de los humanos, la fantasía de los escritores y guionistas de anticipación científica en siglos pasados, habían sufrido un rudo golpe cuando se puso el pie en Marte, Venus, Saturno y otros planetas. En ninguno había vida. Algunos mostraban aún señales de vida inteligente. Pero grandes cataclismos, guerras y tremendas hecatombes nucleares, geológicas o atmosféricas, habían terminado para siempre con la vida en sus suelos atormentados, donde las ruinas aparecían petrificadas por el tiempo.

Y a Sidéreo, la gran capital, fue enviado Alex Rand, como todos los reclutas obligatorios, elegidos por las Armas Militares Terrestres para su servicio. Alex Rand había sido; en los cursos de la Superescuela, un alumno aventajado. Su mejor virtud era tener una capacidad formidable, una inteligencia dotada prodigiosamente, y una gran rapidez de captación. Otra de sus virtudes era practicar los deportes con infatigable fondo y gran habilidad. Su fuerza física era formidable.

Pero tenía sus defectos. Éstos eran dos, principalmente: le gustaban las chicas demasiado. Y también jugar. Algo menos, beber. Pero también le gustaba. Todo eso hizo que sus estudios se torcieran, cuando las mujeres empezaron, a disputarse al titán rubio y hermoso de la Superescuela.

Denunciado el caso, la Patrulla de Reclutamiento Especial le obligó a inscribirse con la Fuerza Sideral. Alex Rand cometió la hazaña de rebelarse, una vez firmada su ficha electrónica de ingreso, derribó a golpes a toda la patrulla, y escapó.

Costó una semana localizarle, a pesar de los grandes avances técnicos, que permitían, por medio de redes magnéticas, radar y nubes de detección ultravioleta, cazar a un delincuente en el plazo máximo de un día.

Pero Alex no era un delincuente vulgar, sino un hombre inteligente, conocedor de mecánica, física y técnica del mundo actual, y que a cada arma

oponía su réplica particular, ingeniosa y rápida:

Finalmente, fue encontrado, más por cansancio del juego que por propio fracaso, y pasó a ser considerado Recluta Especial, pero sin graduación en Sidéreo. Se le perdonaron las semanas de prisión que le correspondían, en atención a su utilidad militar.

Y allí, en Sidéreo, en la propia Base Central de Cohetes, servía Alex Rand a su patria…, el Mundo. Era un buen soldado en su labor, en sus servicios técnicos. Pero fuera de las horas de acuartelamiento en el gran edificio cónico del Mando, era una auténtica calamidad, según los informadores de la Fuerza Aérea.

La cantina era su lugar preferido. Y una chica, Kalia, su compañía preferida. Era bonita, sugestiva, y traía locos a muchos. Pero Alex no se había dejado prender en sus encantos. Eso fue lo que volvió loca a Kalia. Terminó rindiéndose por sí misma, en los brazos de Alex, ante la envidia y el rencor de los demás.

Alex la aceptó, con su habitual indiferencia e insultante cinismo. Al mismo tiempo que acompañaba a Kalia, muchos sabían que tenía ya una sospechosa amistad con otra muchacha: Dorian Waaks, la hija del más importante Jefe de Rampa de Lanzamiento de la Base Central.

Alex, ahora, se hallaba en la cantina. En uno de sus más íntimos rincones, bañado por una suave luz irisada, que brotaba de la pequeña mesa cilíndrica interpuesta entre él... y la hermosa y altiva Dorian Waaks.

—Sé que otra chica está enamorada de ti, Alex—decía. Dorian, con voz tensa —. Y tú la acompañas muchas veces.

—No hagas caso de todo lo que te digan, querida — sonrió Alex, con su carnosa boca amplia, mostrando su blanca dentadura —. Muchos compañeros le quieren mal a uno, y urden mentiras...

—No es una mentira — sostuvo fríamente Dorian Waaks —. No han sido tampoco compañeros tuyos los que me lo han dicho. Tengo mi propio sistema de información. Y he logrado telefotos tuyas con esa mujer... ¡Mira, grandísimo farsante!

Le tendió algo. Era una reproducción, en papel-metal. La observó, y su serenidad no sufrió el más leve choque. Sus claros ojos celestes mantuvieron la benigna expresión de inocencia, que tan engañosa resultaba en Alex Rand, el gran bribón de Sidéreo.

—Oh, ésta es Kalia — dijo, con ambigüedad.

—¡Claro que es Kalia!— asintió ella, irritada, recuperando la telefoto —. ¡Bien lo sabes tú! Una chica que coqueteaba con todos, pero que se chifló por ti. Y tú le haces el juego. Cuando dices que no vas a poder reunirte conmigo para dar un paseo en aeromóvil, o para ir al cine-visión, ¿qué es lo que hace el guapo Alex Rand ? ¡Irse de paseo con ella, venir a esta misma cantina, por ejemplo! ¿Te parece bonito?

—Bueno, ya te dije que no debías entrar conmigo en esta cantina. Es la de

los muchachos, y tu padre, al fin y al cabo, es Jefe de la Sección y...

—Y temes el ridículo, ¿verdad? —- ella rio, forzada —. ¿El tuyo o el mío, gran sinvergüenza?

—El tuyo, naturalmente —protestó Rand con magnanimidad —. Yo te aprecio, Dorian, y no quisiera que...

—¡Me aprecias! ¿Eso es todo lo que sientes por mí, después de asegurar que me amabas como a ninguna otra mujer? ¿O lo que buscabas no era otra cosa que el favor de mi padre, durante tus horas de servicio, para hacer lo que te viniese en gana y ser el niño mimado de la Base?

—¡Oh, Dorian, no sé cómo puedes pensar!... — comenzó Alex, con gesto de auténtico escandalizado.

Ese aire de viva protesta fue lo que más despertó las sospechas de Dorian. La bella joven miró con ojos centelleantes a Alex, y elevó algo el tono:

—¡Claro! ¡Ahora lo veo todo tal como es! ¡Buscabas el favor de mi padre! ¡Me utilizaste a mí como instrumento para tu propia comodidad! ¡El Jefe de la Rampa no se atrevería a importunar al novio de su hija!

—Yo te prometo que esa idea jamás...

—Cuando más niegas, cuanto más sincero pareces, Alex Rand, es cuando más redomado bribón eres y cuando más estás mintiendo. ¡Eres un cínico, un canalla... !

—Es todo eso, y mucho más, señorita Waaks — dijo una voz suave, pero peligrosamente aterciopelada, a la entrada del circular reservado.

Alex alzó la rubia cabeza de dorado cabello revuelto. Por un momento, casi perdió el dominio de sí mismo. La cosa se ponía fea. Pero se dominó, con un poderoso esfuerzo que no logró alterar la sonrisa dominante de su guapo rostro varonil, bronceado y tenso.

—¡Mi querida amiga Kalia! — exclamó, incorporándose —. ¡Qué placer verte por aquí!...

—¿Amiga? —se escandalizó la sugestiva pelirroja, hinchando su poderoso busto bajo la ceñida tela plantificada, de tono rojo —. ¿«Amiga» me llamas ahora? ¿Porque está delante la señorita Waaks? Eres un bribón de la peor especie, Alex» ¡Y vamos a ver si eres tan capaz de negar las evidencias ante cuatro hombres, como lo haces con dos mujeres tontas, que se creen todos tus embustes!

Hizo un gesto triunfal hacia la puerta. Aparecieron en ella cuatro enormes individuos, de los considerados «gigantes». Medía, el que menos, cosa de dos metros veinte. Se acercaron a la mesa, con andares lentos pero amenazadores.

Alex les conocía. Eran hermanos de Kalia. Servían en otra Base al extremo opuesto de Sidéreo, y a aquella hora deberían haber estado prestando sus servicios en las Rampas. Evidentemente, habían pedido un permiso especial. Y el motivo de ese permiso era ajustarle las cuentas a un tipo llamado Alex Rand, por burlarse de su hermanita.

Las cosas no admitían ya fingimientos ni suavidades. Alex sabía

diferenciar unas circunstancias de otras, con bastante claridad y tino. Empezó a ponerse rígido.

—Querida pequeña, has hecho mal en tratar de resolver las cosas por este camino — lé dijo a Kalia con acento vibrante y duro. Entornó sus fríos ojos azules, clavándolos en los cuatro mastodontes—. Muy mal..., Dorian, empieza a largarte de aquí, antes de que esto parezca la segunda edición de la guerra nuclear del siglo veinte...

¡Alex! — se escandalizó la hija de Waaks —. ¿No irás a pelear con esos hombres..., ahora?

—¿Pues qué crees? — rio Rand entre dientes—. ¿Qué van a concederme un aplazamiento especial? ¡Vamos, márchate de prisa, o tu papaíto te encontrará a lo mejor en pedazos, cuando venga, a recogerte...!

Dorian chilló, alarmada. Vio que otros militares, compañeros de Alex, acudían al peculiar olorcillo de la pelea. Les rogó, silenciosamente, con mirada angustiosa, una intervención en la pugna que se mascaba allí.

Pero nadie la hizo caso. Uno, encogiéndose de hombros, masculló:

—Hará bien en hacer caso a Rand, señorita Waaks. Va a haber lío...

—¿Pero no piensa intervenir nadie en favor de Alex?—gimió ella—. ¡Está solo..., frente a cuatro gigantes!

—Señorita, en Sidéreo es costumbre que cada cual arregle sus asuntos por su propia y personalísima cuenta. Sería de mala educación mezclarse para favorecer a unos u otros. Además, si quiere que le digamos la verdad, ese tipo, Alex Rand, se está mereciendo un buen escarmiento desde hace mucho tiempo, señorita Waaks.

Ella rompió en un sollozo atemorizado, crispó las manos y gritó:

—¡Oh, son todos ustedes odiosos! ¡Odiosos todos, incluso Alex Rand! ¡Tú, el más odioso de todos, Alex!

Salió a la carrera de la cantina, súbitamente vacía de objetos al ponerse en pie los ocupantes de la misma. Las mesas cilíndricas se hundieron automáticamente en el suelo, los asientos giraron, hasta empotrarse en el muro metálico. Y quedó un enorme rectángulo, cercado de hombres con uniformes de la Fuerza Sideral, esperando a ver lo que hacía Alex Rand, solo y agazapado, tensos sus músculos y nervios, en tanto los cuatro hombretones le iban rodeando lenta, ordenadamente, como siguiendo una táctica estratégica prevista de antemano.

Kalia, la hermosa y provocativa Kalia, se había alejado, hasta reunirse con los demás testigos, mirándole con insultante sonrisa de triunfo.

—Va por ti, pequeña — dijo Alex, con una risita, agitando una mano en el aire —. Lo sentiré por tus pobres hermanitos...

Algunos rieron. Alex era un tipo notable. Aun metido en un buen lío, todavía tenía humor para bromear.

De repente, el más alto de los cuatro hermanos de Kalia, se lanzó en tromba al ataque, por un flanco de la guardia hermética de Alex. Éste parecía

descolocado, sin esperar aquel acoso.

Pero no era así. El joven era demasiado hábil y astuto para no prever el golpe lateral. No tuvo que hacer más que flexionar inverosímilmente la cintura, y uno de sus duros puños impactó en pleno estómago de su agresor, que se dobló con un rugido.

Otro de los hermanos de Kalia se lanzó en tromba, aprovechando el momento. Alex, convertido en un vertiginoso torbellino de violencia, brincó disparando su pierna derecha contra el otro enemigo. Un puntapié durísimo, inesperado, hizo crujir la mandíbula del otro adversario, que se tambaleó con un rictus doloroso.

Los dos restantes enemigos se lanzaron sobre Alex, dispuestos a aplastarle bajo sus corpulentas y recias humanidades. Alex Rand hizo algo totalmente inesperado. Sus brazos musculosos se alzaron, aferrando por la cintura al últimamente golpeado. Luego, con un impulso poderoso, lo alzó como si fuera una pluma, sobre su rubia cabeza. ¡Y lo arrojó con ruda violencia contra los atacantes!

Una masa de cuerpos rodó por el bruñido suelo de la cantina militar, al recibir los dos hermanos de Kalia a su otro hermano, que les derribó con estrépito. Quedaba en pie en ese momento, recuperándose ante Alex, el primer atacante, aún con una mano sobre el dolorido estómago.

—¡Te aplastaré, maldito gusano! —rugió éste, lanzándose en tromba sobre Alex.

El joven recluta esperó a pie firme. Luego, hizo una extraña finta a un lado, dejando pasar como un toro lanzado a su adversario. No tuvo que hacer otra cosa que unir sus manos, cerrando ambos puños juntos, y soltar un mazazo impresionante sobre la nuca de su enemigo, que se abatió igual que fulminado por un rayo.

Rand se volvió rápido, dando cara a los otros tres. El que lanzara sobre los demás, estaba igualmente inerme, con una grieta en la cabeza, de resultas del impacto con el suelo, tras rebotar sobre las cabezas de sus propios hermanos.

Los dos se incorporaban, entre tanto, con expresiva violenta, homicida. Uno de ellos estaba extrayendo de su cintura un cuchillo electrónico. La aguda hoja rama, si tocaba a Alex, le carbonizaría en el acto...

El joven tragó saliva, crispando sus nervios. Tenía que evitar aquel contacto mortífero, a toda costa. Kalia advirtió las intenciones de su hermano y chilló:

—¡No, Bök, no! ¡No toques a Rand!

Pero su hermano estaba como enloquecido. Bök, sin hacerle caso a la muchacha, ya se movía, felino, hacia Alex. Una torcida sonrisa de ferocidad crispaba sus facciones.

—Voy... voy a achicharrarte, maldito — silabeó, bilioso —. ¡No te librarás de mi cuchillo, Rand!

—Veremos...

—¡No hay nadie en el mundo que te libre, cerdo!— rugió Bök.

Rand saltó de costado, con fulgurante rapidez, evitando el primer ataque del peligrosísimo cuchillo electrónico. Simultáneamente, el otro hermano se lanzó en plancha sobre sus piernas, aterrándoselas, y derribándole aparatosamente por tierra.

Ambos hombres rodaron violentamente. Bök aprovechó para, con una mueca feroz, precipitarse, cuchillo por delante, hacia Alex Rand.

Rand se revolvió, pugnó por huir al contacto mortal. Parecía imposible. La roma punta cargada de energía eléctrica, avanzaba, implacable, velocísima...

Alex no podía apenas librarse del embate carbonizador. Lo único que hizo fue soltar un terrible rodillazo al rostro del que le sujetaba las piernas. El hermano de Bök aulló, dolorido, soltándole. Rand aprovechó para girar sobre sí mismo, rodando por el suelo bruñido.

Bök venía tan disparado, con tan terrible impulso, que al no hallar el cuerpo de Rand, patinó sobre el terso pavimento. Y cayó de bruces sobre su propio hermano. Chilló éste, al ver venir sobre él la mano armada de Bök.

Desesperadamente, pugnó éste por oprimir el botón de desconexión, pero no pudo por la propia violencia de su caída. La punta roma tocó la piel de su hermano.

Un chispazo azul, violento, brotó del contacto. Kalia cubrió sus ojos, horrorizada. Rand mismo se estremeció, abriendo sus ojos con espanto.

Bök lanzó un aullido inhumano, terrible. Su hermano ya no era más que un cuerpo informe, negruzco, carbonizado por la terrible arma. Las ropas, pavesas que se desprendían do su cuerpo.

—¡Hermano! ¡Hermano! —chilló Bök, desesperado, irguiéndose tambaleante, con una mueca de incredulidad, de terror ante su propia obra—. ¡Yo no... quería! ¡No quería...!

Alex Rand, levantándose también, muy despacio, se quedó plantado ante Bök. Le miró, con grave expresión en sus ojos azules, por vez primera ensombrecidos.

—No debiste hacerlo, Bök... No debiste sacar arma alguna... Era una pelea, una simple pelea entre hombres. Has asesinado... a tu propio hermano.

—¡Nooo! —un aullido terrible, estremecedor, sacudió a Bök. Quiso dirigir contra sí el arma, para aniquilarse.

Pero Rand estaba atento, convencido de que esa sería la reacción del desesperado y enloquecido Bök. Raudo, se precipitó sobre él, y le descargó un puñetazo terrible.

Bök se dobló, lívido, cayendo de su mano el cuchillo electrónico, que despidió inofensivas chispas al rebotar en el suelo.

Luego, un izquierdo impresionante de Alex derribó a Bök. Éste cayó, con un gruñido de dolor. Alex se inclinó sobre el cuchillo y presionó el botón de desconexión. Luego, con la frente bañada en sudor, se incorporó.

—¡Dios mío! —musitó, tambaleándose—. ¡Dios mío!...

Kalia, presa de un ataque nervioso, sollozaba convulsivamente. Los otros dos hermanos de Bök, rehaciéndose, habían advertido la tragedia y corrían a recoger a su hermano fratricida.

Un ambiente tenso, violento, había invadido de pronto la cantina. Uno a uno, los militares fueron abandonando el local. Algunos miraban a Alex con cierto reproche en la expresión.

—Todo esto fue culpa tuya, Rand — dijo un oficial gravemente —. Tu maldito cinismo ha provocado el drama...

—¿Acaso tuve yo la culpa de que cuatro hombres me atacaran a la vez?

—No te culpo de lo sucedido. Ellos fueron cobardes, y pagaron su propia cobardía a muy alto precio. Te admiro como luchador. Eres un tipo formidable, lo admitimos todos. Pero es la razón de todo esto, el principio de la cuestión, lo que te afecta a ti como responsable. No se puede jugar con las mujeres y sus sentimientos, Alex. El día que te enamores de verdad de una mujer, tal vez sepas lo que significa ser fiel a algo... si es que eres capaz de llegar a saber eso.

Fueron saliendo todos. Se quedó solo Alex, frente a los tres hermanos y Kalia. Ellos le miraron con odio, pero resignados. Muy despacio, Rand salió también de la cantina. Llevaba fruncido el ceño, cubierto de surcos profundos la amplia frente, bajo los rebeldes mechones dorados.

En el exterior, se encontró de manos a boca con una patrulla de cuatro soldados del Servicio de Vigilancia. El oficial al mando de la patrulla le detuvo con un gesto.

Dijo:

—Alex Rand. Quedas arrestado.

—¿Yo?—Alex miró, sorprendido, al oficial—. ¿Por qué razón? Estoy libre de servicio.

El oficial explicó:

—Hay varias denuncias contra ti. Ahora has provocado una muerte con tu inconsciencia. Estás arrestado, a partir de este momento, por orden especial del Jefe de Rampa.

—¡Ese viejo chiflado! —gruñó Alex—. Porque he burlado a su hija, él...

El otro le interrumpió.

—No empeores las cosas, Rand — avisó el oficial —. Si pongo en funcionamiento mi magnetófono, tus palabras pueden costarte un serio disgusto. Obedece, y calla.

Alex se decidió:

—Está bien. Vamos allá. Pero tendrán que dejarme suelto en seguida. No pueden culparme de nada. Y hacer el amor a la hija de un jefe no creo que entre en la jurisdicción militar de Sidéreo...

El oficial no dijo nada.

Le recogieron su armamento. El cuchillo magnético, que él ni siquiera pensó en utilizar contra el de Bök en la desigual lucha, y la pequeña pistola

termonuclear.

Luego emprendieron la marcha. La patrulla, con paso rígido, militar, haciendo resonar sus botas blancas sobre el suelo metálico de las carreteras de Sidéreo.

En medio de los soldados de Vigilancia iba Rand, resignado y algo burlón.

CAPÍTULO V

REBELDIA



AS celdas eran pequeñas y confortables. Pero celdas, a fin de cuentas. Si algo aborrecía Rand era el encarcelamiento, la falta de libertad.

Asomado, tras la reja magnética, que nadie podía arrancar sin provocar la alarma y, en último término, una descarga paralizante sobre el preso, Alex veía la gran rampa apuntando al espacio, hacia el círculo movible, deslizante, de la gran campana vítrea que cubría a la bellísima ciudad terrestre.

Había mucho movimiento fuera.

Iban a lanzar un cohete poco después, y como un gran hormigueo sobre las enormes pistas blancas, deslumbrantes, los soldados, técnicos y mecánicos de «mono» rojo plastificado; todo el personal de la Base corría de acá para allá, disponiendo los últimos detalles del lanzamiento.

Alex se apartó con un suspiro. Últimamente se habían incrementado los experimentos siderales. Las fuerzas aéreas andaban tras de algo, seguramente. Ocurría así, siempre que se aumentaban los lanzamientos.

Pero eso le importaba un comino. Estaba irritado con todo aquello. Eran ya doce horas de arresto, sin que hubieran atendido sus protestas, ni nadie viniera a sacarle de allí.

Era un arresto arbitrario, y eso era lo que le enfurecía más que ninguna otra cosa. El despecho de Dorian Waaks había provocado la venganza de su padre,

Pero esto podía traer graves consecuencias para el Jefe de la Base, si él recurría a la alta jurisdicción militar de Sidéreo.

De repente, volvió la cabeza hacia la puerta metálica de la celda. En esta dio un chasquido la cerradura eléctrica. Se abrió, deslizándose sin ruido. Y aparecieron un oficial y un soldado, en su umbral.

—¡Vaya! —gruñó sordamente Rand—. Creo que ya era hora de sacarme

de aquí, ¿no les parece, amigos?

—No venimos a sacarle, Rand — dijo con gravedad el oficial.

—¿Eh? —Alex clavó sus ojos con sorpresa en el militar—. ¿Qué diablos dice?

—Lo siento por usted, Alex, pero va a pasarlo bastante mal a partir de ahora.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué he de pasarlo mal? ¿Qué es lo que tienen contra mí?

—El Consejo Disciplinario de la Base se ha reunido para estudiar su caso. Han declarado su Jefe de Rampa de lanzamiento, su hija Dorian, la joven Kalia, su hermano Bök, y los demás testigos, de lo ocurrido en la cantina. Ha habido otros testimonios contra usted. El Consejo ha tomado su resolución.

—¡Todo eso es arbitrario, absurdo! — exclamó Rand, furioso —. ¡No pueden hacer eso, no he cometido delito militar alguno!

—Eso le salva de una condena a prisión o a muerte, Rand. Pero no a una dura medida disciplinaria, por provocación de conflictos, violencias e irregularidades dentro de la Base. He de comunicarle, Rand, que su condena es de tres años de trabajos en las Galerías Subterráneas de Servicios Especiales.

—¡No! —Rand palideció. Sabía lo que significaba esa condena. Tres largos años bajo tierra, sin ver el sol, sometido a dura tarea, obligado a trabajar hasta extenuarse —. ¡Eso no pueden hacerlo! ¡No soy ningún traidor ni un cobarde, como los que están allí!

—Esos traidores y cobardes a los que se refiere, Alex, están allí para veinte o treinta años. Usted solamente pasará tres. Es una dura pero necesaria medida de disciplina, con los que se consideran incorregibles.

—¡No tienen derecho a hacerlo! ¡No lo consentiré! ¡Haré una atrocidad antes de consentir semejante injusticia! — protestó Rand, furioso.

—No cometa locuras, Rand — avisó con rudeza el oficial —. No quisiera tener que matarle como a un perro... Vamos, en marcha. Irá al tren aéreo, que le trasladará a las galerías de castigo.

Alex asintió, despacio, con la cabeza. Pareció resignarse. Echó a andar, tal y como se le ordenaba.

Dejaron atrás la línea de celdas. Por corredores blancos y grises, de metalizado y frío aspecto, subieron hacia la superficie. De la rampa empezó a brotar humo y un chorro de llamas. El cohete de pruebas iba a ser disparado. En el techo de vidrio se empezó a abrir el círculo movible de salida de proyectiles estelares.

Allá, a cosa de media milla de la rampa, estaba la estación del aerotren. Un motomóvil sobre banda metálica suspendida, les conduciría al tren. Fuera, aguardaban tres solados más, armados todos con pistolas termonucleares en sus manos enguantadas de blanco, y con esa escolta en torno, Alex Rand inició la marcha hacia el aerotren.

Su mente se agitaba, llena de ideas rebeldes. Pero no parecía fácil escabullirse. Le matarían con un simple disparo de rayos nucleares, en cuanto intentara algo.

Y sabía que de las Galerías, a pesar de no estar nadie encadenado, tampoco escapaba nadie jamás. Los «ojos» magnéticos, las barreras infrarrojas y la zona electrificada, todo ello a control remoto, convertía los lugares de trabajo, forzado en un sitio del que era completamente imposible salir.

De repente, sucedió algo en la rampa. El cohete, llegado a su «Hora Cero», salió disparado con tremendo estallido de su carga reactora.

Todos esperaban que saliera su cuerpo bruñido, plateado y agudo, hacia las alturas. Pero un trágico e imprevisto incidente sacudió la apacible normalidad de la Base, cuando el proyectil se levantó cosa de cien metros en el aire, y, de pronto, estalló en mil pedazos sobre las cabezas de sus lanzadores.

Un grito colectivo de terror escapó de mil gargantas.

Jamás, desde hacía un par de siglos, había fallado un cohete. Estaban salvadas esas previas dificultades nimias, y el éxito de los experimentos únicamente dependía de la mayor o menor altitud de los astroproyectiles.

Con ojos dilatados por el asombro y el horror, Alex volvió el rostro hacia la blanca pista. Vio caer millones de pavesas, de fragmentos metálicos candentes, de carga radioactiva, sobre los obreros y técnicos. No pudieron hacer ninguno de ellos nada por las víctimas del terrible cataclismo, porque, de pronto, cientos de cuerpos humanos fueron aplastados por los trozos del aniquilado proyectil, y el fuego se extendió a la rampa de lanzamiento, amenazando a los controles radiactivos de disparo.

En el acto, la sirena de alarma sonó en todo Sidéreo. Brigadas de salvamento y de urgencia comenzaron a partir de todos los puntos de la ciudad, en rápidos vehículos aéreos, que llegaron con rapidez a las pistas del siniestro.

Alex Rand preguntó al oficial:

—¿Por qué no me dejan ir a auxiliar heridos? Le doy mi palabra de honor de entregarme después a usted nuevamente, y no intentar escapar. Todos seremos necesarios ahora en esa pista...

—No—negó rotundamente el oficial, con expresión hosca.— ¡Vamos, adelante! No me fío de usted ni de su honor, Rand. Ya les atenderán los demás. Al aerotren. Es su sitio.

Una fría y helada furia invadió a Alex. No pensaba quebrantar esa palabra. Hubiera deseado realmente auxiliar a las infortunadas víctimas del desastre, y entregarse de nuevo después, para ser conducido al aerotren. Fue la inhumana dureza del oficial la que más le sublevó.

—Está bien —suspiró, encogiéndose de hombros—. Allá usted con su conciencia y sus responsabilidades humanas...

Echó a andar, con decaimiento. Pero nada más dio dos pasos. Luego, se jugó el todo por el todo. Tenía mil probabilidades contra cinco o seis, de ser

aniquilado allí mismo por las armas nucleares de los soldados.

Sin embargo, lo hizo. Todo antes que sufrir tres años de injusto cautiverio. Su innata rebeldía dominó todo otro sentimiento de temor o prevención.

Aferró con sus manos a los dos soldados más próximos. Su titánica fuerza, al servicio de su brusca acción, logró juntar a los dos en un impacto terrible. Las cabezas crujieron como dos frutos maduros, y ambos quedaron en el acto inconscientes.

—¡Cuidado! ¡Quiere escapar! —aulló el oficial —. ¡Tirad sobre él!

Los otros dos soldados, distraída su atención por los dramáticos sucesos de la siniestrada pista de despegue, llegaron tarde al aviso estridente de su jefe. Entre tanto, el propio oficial desenfundó su pistola térmica, dirigiéndola sobre Rand.

Alex brincó como un águila, como algo dotado de alas. En el aire, su cuerpo flotó, voló vertiginosamente, disparado el resorte temible de sus músculos, para caer, en una zambullida fantástica, sobre el oficial.

El chorro termonuclear del arma de éste silbó, irisado, bajo el cuerpo de Alex, en pleno vuelo sobre él. Derritió un muro metálico, como si fuera papel. No hizo un segundo disparo, porque la poderosa humanidad de Alex cayó sobre él, un puño se estrelló, demoledor en su rostro, y una mano férrea, como una zarpa de acero, le arrancó el arma de las manos.

El oficial rodó por tierra, aturdido, y ya para entonces los otros dos soldados estaban dispuestos a disparar sus armas sobre Alex Rand.

Pero Alex era mucho más rápido que ellos, y para ese momento ya había empuñado el arma del oficial derribado, con la que encañonó a ambos, manteniéndoles a raya, como petrificados.

—¡Quietos! ¡No me hagáis disparar! —avisó duramente el joven —. ¡Soltad las armas o quedaréis desintegrados en un segundo!

Los soldados obedecieron prestamente. Sabían que bastaba una leve presión en el botón del arma para que la amenaza fuera una realidad.

Rand, cuando les tuvo inermes, se inclinó a por las armas. Recogió sus termonucleares, y los arrojó al fondo de una de las piscinas de agua coloreada que rodeaban las blancas sendas de la Base. Las armas chapotearon y se hundieron. Después, el joven echó a correr, sin soltar su arma, alejándose en dirección contraria a las pistas donde se estaban recogiendo heridos rápidamente.

—¡Se escapa! —gritó el oficial, rehaciéndose en tierra—. ¡Se escapa! ¡A él!

Pero en el revuelo del suceso, nadie podía hacerle mucho caso, pues el caos de las pistas de lanzamiento requería toda la ayuda y atención del personal de la Base.

Alex; supo aprovechar aquellos momentos. Tomó el motomóvil y lo puso en marcha, saliendo disparado, a velocidad de vértigo sobre la cinta metálica que servía de autopista a los vehículos privados.

Sin embargo, no fue lejos con el vehículo. Detuvo el ovalado coche rojo en un recodo de las altas torres dé la Base de Lanzamiento Número 2, y allí se mezcló con el personal de la misma, caminando con paso firme, seguro. Una hilera de altavoces comenzó a avisar, poco después:

«Atención, Bases de Sidéreo. El recluta especial Alex Rand, castigado por el Consejo Disciplinario, ha atacado a la patrulla, escapando después, armado de un termonuclear. Si él escucha este boletín, deberá presentarse cuanto antes a las autoridades, para no hacer más grave su situación. Y para los demás, facilitamos ahora la descripción exacta de Alex Rand, por si es visto y alguien puede arrestarle...»

Alex apresuró el paso. El Pabellón de Pruebas de la Base Número 2 estaba cuidadosamente guardado, como todos los demás de Sidéreo, por una guardia especial de uniforme blanco y gris.

Rodeó el pabellón, y avanzó hacia las pistas. Pero antes de llegar a ellas, un oficial le detuvo. Alex, sobresaltado, mantuvo su aspecto sereno, esperando la orden de arresto, el oficial llevaba en la mano enguantada un fusil desintegrador.

—¡Alto, recluta! —avisó—. -No se puede pasar...

—Oh — Alex fingió a la perfección su indiferencia —. No lo sabía.

—Experimentos especiales — informó el oficial —. ¿Busca a alguien, recluta?

—Sí — Alex recordó una buena amistad suya de la Base 2 —Quería ver al ingeniero Willard.

—El ingeniero Willard está en las pistas de lanzamiento. No podemos avisarle. Ya le digo que son experimentos especiales. Ande, recluta, hará bien en marcharse.

Alex asintió. Sí, era mejor seguir ese consejo. Por allí no entraría nunca en el Pabellón. Se alejó, dando vuelta al blanco edificio. Otro motomóvil, este de color azul, parado en un aparcamiento de vehículos de utilidad pública, fue ocupado por Rand. Condujo por encima de los edificios, siguiendo las vueltas y revueltas de las cintas metálicas que eran carreteras en Sidéreo.

Había movimiento en la pista del accidente. Y también en las cantinas, observó burlonamente. Éste no era por el suceso del cohete que hizo explosión, sino por él. Buscaban a Alex Rand, el fugitivo.

Rio burlón. Les iba a ser difícil darle caza. Abrió el receptor de radiovisión del coche. Apareció un oficial en la pantalla tridimensional, hablando excitadamente: —...y a todo ciudadano de Sidéreo que encuentre a Alex Rand, se le recuerda que tiene la obligación cívica de denunciar su emplazamiento a las patrullas de emergencia, en el acto. ¡Alex Rand es un rebelde, declarado desertor por su ataque a los soldados y oficial que le conducían a su castigo disciplinario!

Cambió la emisora. Ésta era la Nacional de Radiovisión Informativa. El locutor, hablaba tan excitadamente como el militar de la anterior. Por un

momento, Rand pensó que también se iba a referir a él.

Pero no fue así. Sus palabras, le sorprendieron extrañamente:

—....por tanto, el Alto Mando, considera como totalmente imprevisible el accidente de la Base de Lanzamiento, que lleva ocasionadas casi cien víctimas entre muertos y heridos. El cohete nunca había fallado, ni era posible que lo hiciera en esta ocasión. Es, por tanto, que advertimos seriamente a todos los habitantes de Sidéreo sobre un peligro vital, que debe ser afrontado sin pánico pero con firmeza: ¡el accidente ha sido un sabotaje! Hay saboteadores en Sidéreo... y ahora, cuando el mundo entero disfruta de paz y concordia, nos resulta muy difícil imaginar de dónde ha venido ese golpe criminal... y quiénes son esos enemigos que han vestido de luto el día de hoy.

Cerró la pantalla radio-visora con gesto ceñudo. Condujo por un descenso pronunciado de las carreteras aéreas, con expresión meditativa. Sabotaje... Eso resultaba difícil de admitir, en el mundo actual. Hacía siglos que no existían sabotajes. Como no existían guerras, odios ni diferencias. Los Continentes, las razas y los países, formaban una sola Patria, igual para todos: la Tierra. Y solamente la sed de conquista, de conocimiento y de progreso, guiaba al hombre del siglo XXVII por las rutas del avance técnico, militar y científico.

El rebelde Alex Rand detuvo el coche en una parada magnética. Descendió por una torre de tránsito público, tomando uno de los turbo-ascensores. Se encontró en el Nivel Inferior de Sidéreo, caminando por las amplias avenidas de luz solar artificial, condensada en los grandes depósitos globulares que pendían de su techumbre de vidrio. Sobre ese techo se veían vehículos y figuras humanas, caminando per el Nivel Superior.

Alex rehuyó a dos patrullas, en la zona más populosa. Cruzó los Mercados, donde todo el mundo se servía por los distribuidores electrónicos, y finalmente encontró lo que buscaba.

Era una pequeña vivienda, confortable y pulcra como todas las de Sidéreo. Entró en ella.

Cuando reapareció en la calle, vestía el uniforme de oficial, su cabello era oscuro, y llevaba gafas oscuras, de forma oblicua, adaptadas a su blanco casco. Cualquier truhan de Sidéreo sabía que en aquella casa, el disfraz más difícil era factible de obtener. Rand, posiblemente el mayor truhan entre todos, no podía ignorarlo.

Regresó a la Base Número 1. Su graduación era mayor ahora que la del oficial de guardia. No llevaba tampoco el magneto-detectante de super-radar, que denunciaba la presencia de cualquier Recluta Especial ante los ojos magnéticos de la entrada. Pasó, pues, siendo saludado rígidamente por el oficial de guardia.

Rápido, Alex Rand tomó un turbo-ascensor, dirigiéndose a los pabellones de. Ingenieros. Preguntó por Willard, y le dijeron que estaba encerrado en su cabina de ensayos, con orden absoluta de no ser molestado. Rand esperó, pacientemente, en una antesala.

Cosa de una hora después, salió Willard. Tenía expresión fatigada en su delgado rostro. Al ver a Alex, no le reconoció en principio. Después, sus ojos tuvieron un brillo de inteligencia. Pero se contuvo, saludó militarmente e invitó a pasar al supuesto oficial. Rand penetró tras él en su gabinete de trabajo. Rápido, Willard desconectó el sistema de micrófonos interiores, y se volvió en redondo a Alex.

—¡Rand, muchacho! —exclamó—. ¿Pero de verdad eres tú?

—Aunque no lo parezca, sí. ¿No te sorprende mi disfraz, Willard?

—No. Antes de entrar a la cabina de ensayos, oí los boletines — le miró, ceñudo—, ¿Qué nuevo disparate es este, Rand? ¿Es que quieres que te encierren para toda tu vida en las Galerías de Trabajos?

—Lo que no quiero es ir allí tres años por una estupidez — replicó Alex —. Admito que fue lamentable lo ocurrido en la cantina, pero yo no maté a nadie.

—A pesar de todo, debes presentarte, para evitar nuevas complicaciones.

—No lo haré. aún Willard, acabo de oír... que la explosión de mi Base, ha sido un sabotaje.

—¡Sabotaje! —Willard palideció, mirando con ojos dilatados a Rand —. ¿Quién dijo eso?

—No es un secreto. La Información Nacional lo transmitió.

—¡Dios mío! — se pasó una, mano por los cabellos; y cayó en un asiento, abatido —. De modo que ya lo hacen público...

—Que hacen público... ¿el qué? Tienen la obligación de decir la verdad, ¿no?

—Alex, tú no comprendes. Éste no es el primer sabotaje que sufren nuestros trabajos. Ya hubo otros. De menor cuantía, claro. No estalló ningún cohete, pero fallaron piezas, se averiaron inexplicablemente otras... Se ha pensado en manos criminales. Sin embargo, todo el personal es seleccionado, a prueba de recelos. Gente de fiar, absolutamente leal a su cargo y deber. ¿Qué pensar, entonces?

—Pues que alguien no lo es tanto como parece — observó Alex —. Dime, Willard, ¿en qué mil diablos se trabaja ahora? Ya sé que un Recluta Especial no tiene derecho a sabor, pero soy tu amigo. ¿Tan importante es lo que buscáis, para rodearlo de todo ese impenetrable secreto?

—¿Importante dices? —Willard sonrió. Incorporóse de repente —. Ven conmigo. No puedo revelar a nadie lo que hacemos, Pero ven conmigo. Deseo que lo veas... no sin antes darme tu promesa formal de que no dirás a nadie nada de lo que te muestre.

—Prometido. Y sabes que puedes confiar en mi promesa.

—Por supuesto. Por eso te lo enseñaré. Sígueme, Rand.

Los dos hombres salieron. El blanco corredor les condujo a la cabina de ensayos de Willard. Éste accionó los dispositivos magnéticos para abrir la puerta. Rand observó que había soldados armados por doquier, montando

guardia.

Entraron en la cabina. Willard cerró tras de sí. Luego, hizo sentar a Rand en una butaca. Se acercó a un mueble negro, en el que resaltaba una pantalla cristalina, color ópalo. Movió unos mandos. El mueble negro produjo un zumbido. Al principio no sucedió nada. Luego, ante los ojos de Rand, en la pantalla comenzó a brillar una lucecita que aumentó de intensidad, y en cosa de diez segundos, disminuyó, hasta apagarse. Tras una pausa, se repitió en idéntico tiempo el aumento y amortiguamiento de la chispa luminosa.

—¿Qué es eso, Willard? —preguntó Rand.

—Eso que ves... es la Luz.

—¿La Luz? No te entiendo.

—La luz, a su velocidad de siempre. En diez segundos, has visto recorrer a una chispa, sobre la pantalla iónica, tres millones de kilómetros. Ahora, vas a ver esa misma distancia... recorrida por algo que no es la luz.

Movió otro mando, esta vez un botón de color rojo intenso. Esperó. En la pantalla, surgió una chispa. Esta vez era azul. Creció y se diluyó. Alex parpadeó. Tras una pausa, como anteriormente, la chispa azul repitió la acción. Esta vez, con el cronómetro en marcha, Rand observó el tiempo: cinco segundos.

—Doble velocidad que antes — dijo. Miró a Willard, perplejo —.Algo va mal en tu cacharro, Willard. No puede haber nada más veloz que la luz. Según lo que me has enseñado, esa chispa azul viajaría a seiscientos mil kilómetros por segundo, doble velocidad de la que emplea la luz. Es físicamente imposible y...

—Todo es «físicamente imposible»...—sonrió Willard —. Hasta que deja de serlo. Lo que has visto es cierto. La chispa blanca era la luz misma. La chispa azul... era el «ultralux».

—¿«Ultralux»? ¿Qué es eso? ¿Una teoría o una divagación ?

—Dejó de ser divagación; y dejó de ser teoría. El «nitratos» existe, Rand. Una materia lumínica, que provoca, energía y crea una fuerza asombrosa. Esa energía, duplica su propia naturaleza luminosa, en todas sus propiedades. Y, naturalmente, eso afecta también a su velocidad. Transformado en materia, el «ultralux» puede mover cuerpos, por grandes que sean, crea una energía de velocidad doble que» la de la luz, transmitida a todo cuerpo que arrastre consigo. En resumen, Rand: hemos vencido la barrera de la luz.

Alex exclamó:

—¡Cielos, no puedo creer eso!

—Pues ve creyéndolo. Las pruebas secretas tienden a perfeccionar los efectos de la supervelocidad en el cuerpo humano y en los metales y materias, previamente adaptados a La terrible energía ultraluminosa.

Y en esas pruebas, han empezado a surgir los sabotajes.

—Alguien no quiere que el ser humano viaje a la velocidad de la luz, ¿eh? —gruñó Alex, pensativo—. Alguien que está dentro de Sidéreo... alguien de

nosotros mismos, Pero ¿por qué, Willard? Si eso resulta en la práctica, es la revolución total del mundo, del Universo mismo, de todas las cosas y de todas las teorías... Aparte de que nadie sabe lo que puede ocurrir, cuando un ser vivo «salte» la barrera de la luz.

—Esa es la gran incógnita — suspiró Willard, cerrando los mandos del mueble negro —. Nadie sabe lo que le ocurrirá al primer hombre que vuele con el «Ultralux». Ni siquiera se sabe a quién elegir.

—¿La nave existe ya? —preguntó Rand, con voz ronca.

—Existe — asintió Willard—. Es pequeña, individual, de una materia ligera, translúcida y luminosa. Cuanto en su interior se sitúe, será desplazado luego, junto con el mismo cohete, a una velocidad superlumínica escalofriante. Una velocidad que puede trastornar las teorías sobre el espacio y el tiempo. Una velocidad capaz de llevar al hombre hasta las más lejanas e inalcanzables estrellas del Cosmos, ¿te das cuenta?

—Sí — suspiró Alex —. Y estoy asustado...

—Salgamos — Willard se encaminó a la puerta, con un suspiro —. Ahora ya lo sabes todo, Alex. El «Ultralux» espera en este mismo Pabellón, en su Galería Inferior. Por eso está todo tan vigilado y cuidado. Bastará que alguien suba a ese cohete y accione sus mandos, para salir disparado a una velocidad ignorada por el ser humano todavía, sin posibilidad de que nadie le pudiera seguir... porque es una nave única, por ahora.

—Comprendo. Tú sí tendrás acceso, ¿verdad?

—No. Ni siquiera yo. He de pedir una tarjeta especial para poder bajar. Tan sólo los oficiales de guardia pueden llegar a ella. Y esos oficiales son seis, elegidos entre los altos jefes de Sidéreo, a prueba de toda sospecha.

—Entendido. Bueno, Willard, me marcho. No te complico más la vida. Olvidaré lo que me has contado.

—¿Vas a entregarte, Rand?

—Creo que sí. Había venido a pedirte ayuda. Después de todo, me parece que lo mejor es entregarse, y arrostrar el castigo disciplinario calladamente,

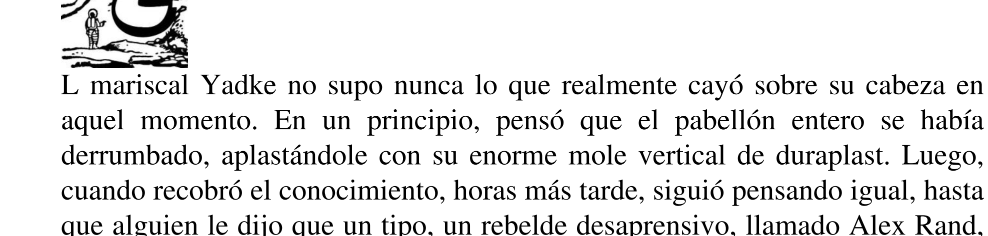
—Te felicito, Rand — sonrió Willard; — Te vuelves sensato y todo. Después de todo, ¿qué puede extrañar a nadie que hayamos vencido a la luz en rapidez?

Alex sonrió, estrechó la mano de su amigo, y salió del gabinete de trabajo, alejándose por el corredor, siempre en su papel de oficial.

Willard no pudo imaginar que Rand ni siquiera llegó a abandonar el Pabellón Número 1, donde tan precioso secreto se encerraba...

CAPÍTULO VI

EL PRINCIPIO DE LA PROFECIA



L mariscal Yadke no supo nunca lo que realmente cayó sobre su cabeza en aquel momento. En un principio, pensó que el pabellón entero se había derrumbado, aplastándole con su enorme mole vertical de duraplast. Luego, cuando recobró el conocimiento, horas más tarde, siguió pensando igual, hasta que alguien le dijo que un tipo, un rebelde desaprensivo, llamado Alex Rand, le había descargado un golpe con algo muy duro sobre la nuca.

El golpe de Alex fue certero. Contundente y seco como un trallazo. El mariscal Yadke, oficial de guardia en la Planta Inferior de Pabellón Uno, se derrumbó igual que un fardo inanimado.

Un brazo de Rand, sujetándole suavemente, evitó el golpe sonoro en tierra. Le depositó con cuidado. Una sonrisa irónica distendía los labios del rebelde...

Llevó al mariscal a una cabina cercana. Allí procedió a la rápida tarea de desnudarle. Se desnudó él también. Poco más tarde, reaparecía, al menos en apariencia, el infortunado mariscal Yadke. Su uniforme, su cuello rígido, su casco blanco, con el emblema azul, especial distintivo de la guardia del Pabellón Uno, la capa igualmente azul, con forro blanco, y las recias botas, eran los de Yadke. Y si su faz no era la del mariscal, bajo la visera del casco y entre los pliegues de su cuello alzado, como si realmente tuviera frío, era difícil apreciar diferencia notable entre el suplantador y el inerte mariscal, bien ligado y amordazado dentro d« la cabina.

Alex Rand sabía a lo que se estaba exponiendo. Si alguien descubría la suplantación, no se entretendría en averiguar sus motivos, sino que tirarían a aniquilarle, pensando que era uno de los saboteadores del fabuloso

descubrimiento humano encerrado en el subsuelo del Pabellón Uno.

Poro aun así, estaba decidido a todo. Antes que ir aquellos tres años a la Galerías de Castigo, era capaz de las mayores locuras.

Le saludaron las patrullas a su paso. Dos de ellas le dieron la novedad de la noche, y siguieron adelante. Rand sabía lo suficiente sobre la marcha, de los asuntos militares de Sidéreo, para hacer un buen papel suplantando al mariscal. Nadie pareció descubrir la superchería.

Así, Alex alcanzó la planta inferior del Pabellón. Descubrió más nutrida guardia. Y precauciones más extremadas para evitar que nadie se filtrase en la base secreta del «Ultralux», la última conquista científica del ser humano, venciendo acaso el mayor y más revolucionario obstáculo en su camino de expansión total: la velocidad de la luz en el espacio.

Fue cruzando ante todas las patrullas, que le saludaban rígidamente, sin interponerse en su camino ni obstaculizarle lo más mínimo. Los andares firmes y autoritarios de Alex Rand, y su aire de auténtico mariscal, ahuyentaban toda, posible sospecha en los soldados de guardia, seleccionados también entre los mejores militares de Sidéreo, por el Alto Mando Central.

Al fin, una amplia puerta blanca, deslizante, apareció ante Rand. Leyó sobre ella, en letras fosforescentes:

HANGARES Y PISTAS DEL ALTO MANDO.
ENTRADA ABSOLUTAMENTE PROHIBIDA.

No había guardianes ante ella, ni hacían falta. Una triple barrera electrónica, de ojos magnéticos invisibles, entrecruzando sus rayos, se encargaban de mantener a raya a los curiosos. Un rótulo iluminado en un muro, avisaba con letras rojas:

«PELIGRO DE MUERTE. ¡NO APROXIMARSE
A ESTA PUERTA EN MODO ALGUNO!»

Alex sabía que quien, imprudentemente, hiciera tal cosa, se vería cazado por los rayos magnéticos, que le pulverizarían en el acto, con una descarga de alta tensión, nada más pisar el punto donde coincidían un ojo y otro. Solamente los altos oficiales, provistos sus cinturones y cascos de cargas antimagnéticas, neutralizaban a su paso el mortífero efecto de aquella defensa científica e implacable.

Rand, con su uniforme del mariscal Yadke, llevaba todo eso. Esperó a que no hubiera soldados en torno, en la amplia nave donde se mostraba la enorme puerta. Luego, avanzó hacia las hojas corredizas de metal incombustible e indestructible.

Allí detrás estaba el «Ultralux». Si lo que se decía de los sabotajes era cierto, una presa codiciada por alguno o algunos, bien para sus fines

particulares, bien para que el mundo no se beneficiase de ella.

Cruzó las barreras magnéticas sin producirse el contacto mortal. Cuando estuvo ante la puerta blanca, comprobó que carecía de cerradura o de resortes. Alex frunció el ceño, preguntándose cómo se abriría aquella puerta.

Examinó el uniforme y sus útiles. Una sonrisa animó sus labios cuando descubrió una placa negra en la hebilla del cinturón. Una placa sin utilidad aparente. Pero en la juntura de ambas hojas, había otra reducida placa negra, al parecer un simple pomo.

No era un pomo. Bastó que situase una placa ante la otra. Una luz violácea formó una franja fosforescente entre ambas. ¡Y la gran puerta del hangar secreto comenzó a abrirse!

Sin ruido, deslizándose suavemente a ambos lados, dejó paso franco a Alex Rand hacia el interior. Cuando hubo entrado, la puerta se volvió a deslizar, cerrándose.

La luz anaranjada, intensa y cruda, bañó su figura, mientras avanzaba, con pasos huecos, por la enorme nave de alta cúpula cristalina, gigantescos soportes metálicos, y una gran plataforma central, en cuya parte superior se descubría la forma aguda de una nave cónica, de muros translúcidos. Su materia, similar al vidrio o al plástico, centelleaba con luz propia.

Alex Rand llegó ante las breves escaleras que daban acceso a la plataforma de lanzamiento. Fue subiéndolas, una a una. Se detuvo, como fascinado, ante el brillo del proyectil. Su figura era solamente una silueta oscura, sobre fondo luminoso, en la quietud y silencio de la enorme sala.

El «Ultralux» parecía estar esperando al audaz explorador que penetrara en su interior y pusiera en marcha el mecanismo de supervelocidad, lanzándose a la conquista de un mundo ignorado e imposible de alcanzar hasta entonces. Alex Rand no sintió temor de semejante posibilidad.

Tanteó el muro curvo de la pequeña nave individual. Vislumbró, en su interior, la sombra roja de dos asientos, situados ante un cuadro de mandos totalmente construido en material transparente y plástico. Cuando oprimió una moldura, una pequeña puerta circular se corrió, dejando paso franco a Alex.

Rand entró. Nada más pisar el interior circular, reducido y con un singular olor a nuevo, la puerta se cerró de nuevo. Se acercó a los asientos. Eran dos, en efecto, aunque el sitio sería muy justo para un par de personas. También eran dos los equipos colgados en uno de los muros. Ropajes brillantes, sedosos y de una dureza flexible, similares a los de un buzo. Suela adherente, materia luminosa, y casco protector transparente, con un pequeño depósito de aire respirable condensado.

Sobre ambos trajes, se leía: «Equipos superlumínicos». Rojo uno, verde el otro.

Sonrió. Todo era fácil de comprender, por el momento. Aproximándose al cuadro de mandos, comprobó igualmente su sencillez. Vio cuatro únicos mandos, dotados de cuatro botones o resortes de distinto color.

Leyó los rótulos: «Velocidad de despegue y aterrizaje». «Velocidad superlumínica o estable». «Rumbo». «Freno». Otro: botón, éste más grande y graduado, parecía destinado a graduar las imágenes sobre una pequeña pantalla vidriosa de televisión. Y junto a ésta, dos pulsadores con las inscripciones: «Sonido exterior»" e «Imagen exterior estabilizada».

Nada más.

Todo sencillo, como para poderlo manejar un niño. Alex había tripulado naves mucho más difíciles, en el superespacio, durante el período de instrucción interplanetaria como Recluta Especial. Esto no ofrecía problemas.

Probó el funcionamiento de los elementos de la pequeña nave supersecreta. Pulsó el resorte de imagen exterior. La pantalla se iluminó con estrías de luz rosada. Luego, se anaranjó y cobró forma. Era la sala de luz naranja, donde se hallaba el «Ultralux».

Probó el sonido. Pero por el altavoz apenas si llegó a1gún ruido exterior. En la nave donde encerraban el proyectil superlumínico no podía percibirse ruido. No había nadie sino él.

Ya iba a cerrar la conexión fono-visora cuando ocurrió algo. Tan sorprendente, que Alex Rand se mantuvo rígido, con los ojos clavados en la pantalla y el oído atento.

Las puertas habían vuelto a abrirse, con un deslizamiento suave, que, sin embargo, sonó claramente en los micrófonos ultrasensibles del interior del proyectil.

Luego, dos hombres aparecieron en su umbral, entraron rápidamente y con aire furtivo en la nave, cerrándose tras ellos la puerta. Alex Rand, desde el interior del «Ultralux», pudo asistir a través de la pantalla a cuanto sucedía en el exterior.

Los dos hombres vestían uniforme de la guardia especial, pero no eran oficiales. ¿Por qué habían entrado allí, aprovechando la ausencia del oficial de guardia?

No lo sabía.

Sus voces llegaron a través de los micrófonos del «Ultralux» con perfecta claridad hasta los oídos de Rand:

—Es extraño que el mariscal Yadke no esté por ahí, Urk — dijó uno roncamente.

—No nos importa lo que haga el mariscal, Drow. Lo realmente importante es que hemos podido entrar aquí. ¿No es lo que estábamos buscando?

—El oficial debe ser de los nuestros, Urk — observó el otro, el llamado Drow.

—Creo que sí. Por la forma en que nos ha mirado, lo es.

—Estamos dominándolo todo, Urk — rio Drow, sibilante—. El sabotaje del cohete del ensayo salió bien.

—Eso es de menor cuantía — replicó Urk, encogiéndose de hombros — Acciones sin importancia. Lo verdaderamente importante está ahí. ¡Eso es lo

que hay que destruir!

¡Y señalaba al «Ultralux»!

Rand, lentamente, desenfundó el termonuclear, apretando las mandíbulas. Él era un rebelde. Hacía muchas cosas feas- y reprobables. Pero no era un traidor, un saboteador ni un asesino. No perdonaba a seres tan abyectos.

De buena gana hubiera asomado, aniquilando a los dos. Sin embargo, aún quería saber algo más. Por ejemplo, ¿qué movía a aquellos seres a obrar así? ¿Quién les pagaba? ¿Qué idea o qué política defendían con sus crímenes?

Les contempló a placer por la pantalla visora. Eran hombres normales, de rostro agradable, sonrisa cordial y ojos nobles. Uniforme de guardias especiales, elegidos tras una severa selección.

¿Por qué, entonces...?

Dejó de pensar. Los hombres hablaban. Y se estaban aproximando al «Ultralux» sensiblemente. Sus huecos pasos repercutían, centuplicados por los micrófonos de gran fidelidad, en los oídos de Rand.

—Urk, ¿tú sabes cómo funciona ese chisme? —preguntó Drow.

—Claro que lo sé. Es sencillo como un juego de niños. Se lo oí contar al ingeniero Willard el otro día.

—¿Lo destruimos o nos lo llevamos? Podría ser de gran utilidad «allí»...

—No — negó firmemente Urk —. Es mejor destruirlo. Recuerda la profecía.

—¿La profecía? —Drow se encogió de pronto—. Oh, sí..., la profecía. Pero de eso hace un millón de años, Urk.

—Justamente lo que se profetizó. Ese hombre de la Tierra existe. Lo sé. Incluso presiento que no está lejos, que ronda su destino ya... movido por algo superior a su voluntad.

—Yo no he creído nunca en esa profecía.

—Yo, sí —- sostuvo fríamente Urk —. Ella no ha vuelto a aparecer. Es mal síntoma. Sólo falta que él vaya a su encuentro. Y será el principio de esa maldita profecía. No, no podemos correr ese riesgo. Y el «Ultralux» es el vehículo, el medio de que un terrestre, posiblemente «el Elegido», vaya al encuentro de su destino... y del nuestro. Vamos, Drow. Hay que destruir el invento superlumínico. ¡En el acto! Es orden suprema.

Aquello pareció decidir a Drow. Extrajo de su cinturón el arma termonuclear. También Urk se había armado. Ambos tubos iban a apuntar al «Ultralux» para aniquilarlo. Alex seguía sin entender nada de aquel enigma. Parecían hablar en chino, a pesar de que comprendiera sus palabras perfectamente.

Rápido, adoptó la única decisión posible.

Se dirigió a la puerta. Al pisar ante ella, ésta se abrió. Fue tan súbito, que los dos intrusos se quedaron como helados, mirando con ojos muy abiertos al proyectil.

Urk chilló:

—¡Mira, Drow! ¡Un hombre dentro! ¡Dispara..., dispara pronto!

Y él mismo se dispuso a hacerlo, como dando vivo ejemplo. Rand les ganó por velocidad. Su termonuclear vomitó dos chorros luminosos desintegrantes, un segundo antes que cualquiera de ellos.

Destruyó por completo a Drow, convirtiéndole en un charco viscoso, de tejidos, sangre y cuerpo derretidos por la desintegración. Luego, incluso eso se volatilizó, sin dejar sombra del hombre aniquilado.

Urk tuvo más suerte, porque el rayo desintegrador solamente le alcanzó la parte lateral de su cuerpo. El brazo derecho, completo, quedó borrado, convertido en átomos disueltos en la nada. Su pierna también voló en parte, y su cuerpo, horriblemente mutilado, rodó por tierra, tras los dos silenciosos impactos del termonuclear de Rand. Su chillido, sin embargo, fue agudo, horripilante, repetido por los ecos de la vasta sala.

Rand corrió hacia él, arma en mano, y se inclinó a poca distancia suya, mirándole con expresión tensa.

—Eres un soldado, un militar, un hombre como yo mismo — dijo duramente—. ¿Por qué has obrado así, qué buscabas aquí? habla, Urk, ¿quién te ordena hacer eso, por cuenta de quién estás actuando como enemigo de la Humanidad en Sidéreo?

Urk le miró, revolcándose con la agonía, contrayendo su lívida faz. Rand hubiera .querido ayudarle, pero sabía que eso no era posible. La radiactividad impregnaba su cuerpo mutilado.

—¡Maldito...! —jadeó el herido, espumeando de ira sus labios—. ¡Te... odio...! ¡Tú... has impedido... que destruya ese cohete...! ¡Pero no impedirás que otro... lo haga!

Aún intentó, desesperadamente, aferrar con su agarrotada mano izquierda el arma de Rand. Éste reculó vivamente, y Urk se abatió de bruces. Alex miró fijamente a su espalda.

Allí, debajo de la ropa militar, se agitaba algo. Era... como un extraño culebreo, bajo la piel, a pesar de que ahora jadeaba, con su cuerpo inmóvil aplastado contra el suelo.

Rápido, Rand corrió el riesgo de contaminarse de radiactividad. Estiró 1a mano izquierda, y rasgó de un violento tirón la ropa del soldado Urk. Éste chilló como si le arrancaran la piel a tiras.

Alex Rand, horrorizado, retrocedió unos pasos, sin dar crédito a sus ojos. Miró con estupor vivísimo la espalda de aquel hombre,.. ¡En la que aparecía, incrustado, formando una gran letra ese, culebreante y verde; llena de movimiento... una serpiente de reducido tamaño!

* * *

Era un cuadro espeluznante, aterrador. Como una sanguijuela, la serpiente, no mayor de un metro de longitud, estaba clavada, metida en la carne misma de Urk, hasta formar parte de ella, incrustada junto a su espina dorsal.

Ahora, se revolvía, agitaba su cola, como si intentara despegarse, soltarse

de aquel cuerpo que estaba agonizando. Urk chillaba, como si realmente fuera él la persona perjudicada por aquel hallazgo espantoso.

—¡Me has descubierto! —aulló, retorciéndose—. ¡Me has descubierto... pero no podrás avisar a nadie de mi presencia! ¡No podrás...!

Rand vio que la víbora o lo que fuese, empezaba a desprenderse de la espalda de Urk, con poderosos coletazos. Tenía una cabeza aplastada y parecía tener ojos. Ojos que le miraban malignamente ahora.

Disparó de nuevo el desintegrador sóbrenla espalda de Urk, cerrando casi los ojos ante la muerte que tenía que causar a sangre fría. Tras el golpe fulgurante de la luz térmica sobre su cuerpo, la serpiente y el hombre dejaron de existir y de ser visibles.

Desintegráronse, con un escalofriante aullido de Urk. Rand, lívido, retrocedió unos pasos. Era inaudito, espantoso e increíble aquello. Urk había tenido una víbora clavada en su cuerpo. Acaso Drow tuviera otra.

Y la serpiente-parásito había parecido, por un momento, hablar por boca de Urk, cuando éste gritó antes de morir.

Una idea horrible cruzó la mente de Rand. ¿Habría hablado y obrado en todo momento Urk... bajo control de aquel monstruo adherido a su cuerpo?

No, eso era imposible, absurdo... Se tambaleó, sin saber qué hacer. La alegre aventura de burlar a las autoridades de la Tierra, escapando en su mejor invento hacia donde nadie pudiera darle alcance, parecía desembocar de repente en algo espantoso, inverosímil.

Entonces se abrieron de nuevo las puertas del hangar o base secreta. Rand giró con rapidez el cuerpo, y clavó sus ojos en la abertura, que empezaban a formar las dos enormes hojas deslizantes. ¿Qué nuevo peligro le acechaba?

Respiró aliviado. No era un peligro, sino un amigo. Willard, el ingeniero, estaba entrando en la nave, con expresión preocupada y llena de alarma. Al ver a Rand solo, pareció calmarse y corrió a él con una amplia sonrisa.

—¡Alex, bendito sea Dios! —mascculló—. Creí que habrías hecho una locura...

—¿Yo? —Rand le miró con sorpresa y alivio—. ¿Por qué, Willard? ¿Suponías que estaba aquí?

—Claro. He encontrado al mariscal Yadke. En el acto me imaginé que era cosa tuya. Solamente un gran loco como tú sería capaz de semejante osadía, ¿Sabes que pueden fusilarte por esto? Has profanado un alto secreto militar al que nadie tiene acceso.

—Ya lo sé, Willard. Pero cuando te cuente algo, va a parecerte que me he vuelto loco de veras — señaló el suelo vacío —, Acabo de matar a dos hombres.

—¿Eh? ¿Pero qué dices?

—Drow y Urk. ¿Les conocías?

—Drow... y Urk — una expresión de asombro y de horror asomó a los ojos de Willard. Fue un solo instante, porque luego miró a Rand con inquietud —.

¿Pero por qué has..;?

—Willard, iban a destruir vuestro «Ultralux». No sé por qué, pero iban a hacerlo... ¿Entiendes ahora? Eran saboteadores, gente al servicio de otros...

—¡Imposible! Drow y Urk eran agentes del Servicio Secreto de Sidéreo — replicó Willard, muy pálido —. Has cometido un error gravísimo, Rand. Te ejecutarán por eso...

—En ese caso, será mejor que me vaya — dijo Rand —. No trates de evitarlo, Willard.

—¿Irte? ¿Adonde? No existe lugar en el mundo donde puedas estar seguro, si la Policía Mundial te busca por homicidio.

—Por eso no me iré a ningún lugar del mundo, sino... adonde nadie puede hallarme — le mostró el «Ultralux» —¡Yo seré el primer navegante humano más allá de la Luz!

—¡No! —Willard retrocedió un paso, asustado—. No, Rand, no hagas eso...

—Claro que lo haré. Te guste o no, Willard. Necesitabais un conejo de indias, ¿no? Pues ya lo tenéis. El terrestre Alex Rand se lanza al espacio... en busca de su destino, sea cual sea...

Dio media vuelta, dirigiéndose al «Ultralux» con paso firme. Willard parecía petrificado. Le oyó musitar, como hablando consigo mismo:

—Oh, no..., la profecía...

¡La profecía! Eso le recordó algo. Se detuvo, rígido. Evocó la charla de los dos hombres aniquilados, Urk y Drow... Hablaron también de una profecía.

Y ahora Willard...

Se volvió de repente. Tenía el rostro endurecido, crispado. Miró fríamente a su amigo:

—Willard, quítate la camisa. Déjame ver tu espalda.

—¿Eh?—Willard se quedó blanco por completo. Brillaron sus ojos y retrocedió —. Pero ¿te has vuelto loco de veras? ¿Qué nueva insensatez es ésa, Rand?

—Ninguna. Es algo muy serio, Willard. Quiero ver tu espalda...

Avanzó hacia él. Willard, automáticamente, retrocedió otra vez, asustado.

—No digas tonterías, Alex. No puedes hablar en serio y...

—¡Claro que hablo en serio! -— obró tan rápidamente, que sorprendió a Willard.

Cayó sobre él, de un brinco impresionante. Fue un salto elástico, felino, que le lanzó encima de Willard, derribándole por tierra bajo su peso. El ingeniero forcejeó rabiosamente, pero ya Rand tenía una zarpa en su cuello, y se limitó a dar un terrible tirón a sus ropas.

—¡Vamos, Willard, tu espalda...! —gritó.

En el acto pegó un respingo, incorporándose, y alejándose de Willard con viveza. Sus ojos, desorbitados de horror, miraron la espalda del amigo.

«¡También él llevaba una serpiente, formando una gran letra ese verde

sobre su espalda, incrustada en ella!»

—¡Willard..., tú también! —musitó, estremecido por el espanto —. ¡Otra serpiente!

—Rand, no debiste hacerlo... — sus ojos brillaban, dementes. En la espalda, la serpiente comenzó a moverse, como intentando despegarse de la piel ajena a la que se adhería—. ¡No debiste saber...! Ahora..., ahora no puedes salir de la Tierra... ¡No puedes ser tú quien monte ese proyectil... porque tal vez el hombre de la profecía eres tú!

Intentó algo a la desesperada. Había extraído un cuchillo electrónico, que le arrojó inesperadamente. La serpiente, mientras tanto, ya comenzaba a desprender su cabeza del lugar adonde se hallaba incrustada, sobre la propia espina dorsal de Willard.

Rand hizo dos cosas. La primera, saltar de costado. El cuchillo pasó silbando junto a él, y cayó sobre un poste metálico del hangar, levantando una chispa terrible, y derritiendo gran parte del poste. Por fortuna, rodó lejos, al rebotar, y no siguió quemando el metal, con lo que hubiera provocado el hundimiento de la alta bóveda del hangar.

Rand hizo la segunda cosa. Y fue muy penosa para él. Pero tenía la intuición, la seguridad plena de que, en modo alguno, debía permitir que la serpiente dejara la espalda a la que se adhería como un parásito.

Disparó el rayo aniquilador sobre ella. Que era como dispararlo sobre el bueno de Willard, su viejo amigo. Pero un amigo que ya no era el de antes, ni siquiera el de aquella tarde. ¡Ahora era un enemigo a muerte, cuya mente y actos parecían movidos por aquella terrible serpiente-parásito que, al adherirse a su espina dorsal, tal vez absorbía pensamientos, ideas y voluntad!

El chillido de Willard estuvo extrañamente ligado a la sacudida epiléptica del cuerpo del extraño reptil, y no, en cambio, al leve retorcimiento del cuerpo humano cuando comenzó la rápida desintegración.

Alex ya no perdió tiempo. Acaso existía una corriente telepática entre los seres atacados por la rara alimaña. Todavía con el dolor dé la muerte de Willard, echó a correr hacia el «Ultralux». Algo le decía que el peligro, el gran peligro, estaba allí ahora, en la Tierra. Rodeándole a él y a los demás. Los sabotajes, los actos agresivos, los fracasos militares, podían ser originados en la acción de los hombres-reptil.

Pero, por otro lado, todos los que sufrían la adherencia siniestra en la espalda, parecían temer que él tomase aquel cohete, que se lanzara a la velocidad de la luz hacia alguna parte del espacio.

Y todos habían nombrado una profecía. Si no recordaba mal, la profecía acerca de un hombre de la Tierra que había de encontrarse en algún sitio con otra persona... ¡Y ese hombre podía ser él, es lo que dijo Willard!

Entró en el cohete, y la puerta comenzó a cerrarse detrás suyo. En ese mismo instante, las grandes puertas del hangar empezaban a abrirse.

¡Rand vio una hilera de más de diez hombres armados, tras de ella!

Angustiado, se dejó caer sobre un asiento rojo del «Ultralux». Si cualquiera de aquellos soldados disparaba el desintegrador sobre el proyectil, todo se habría perdido.

Apretó el botón blanco: «Velocidad de despegue y aterrizaje.» Luego, ocurrieron varias cosas.

Unas bandas metálicas salieron del asiento, aferrando fuertemente a Rand. Una explosión horrísona sacudió toda la astronave, y la vasta sala en que ésta se hallaba. Allá, en lo alto do la bóveda, se abrió un boquete circular automáticamente.

Por él salió disparada la astronave cónica. La pantalla visora mostró a los ojos del medio inconsciente Rand pegado al asiento, la visión final de unos soldados que habían alzado sus termonucleares hacia el «Ultralux», y que ahora retrocedían cegados, cubriéndose los ojos, y cayendo por tierra, abatidos por el violento huracán humeante que provocaron los reactores del proyectil al salir disparado.

Voces angustiadas llegaren a sus oídos a través de los micrófonos de a bordo, mientras la nave escapaba al espacio, después de perforar, con sibilante estruendo, todas las bóvedas y techos situados ante su proa, y sin duda ya dispuestos con puertas automáticas, que se abrían a su paso.

Nunca supo si aquel grupo era de auténticos soldados o de hombres cuya espalda estarla ocupada por el inquietante y horroroso huésped de Willard, Urk y Drow...

El «Ultralux» estaba ya en el vacío. La Tierra quedó atrás, rasgó las brumas atmosféricas a velocidad portentosa. Pero, Rand tenía que hacer la gran prueba, o cualquier proyectil de las patrullas estelares le daría pronta caza.

Era la gran prueba. Una incógnita de vida o de muerte, que nunca sabría si iba a resultar un éxito o un fracaso, convirtiendo al proyectil en un ataúd estelar para Alex Rand.

Estiró la mano, aferrando la tela roja de uno de los trajes estelares para velocidades superlumínicas. Comenzó a vestirse. Las abrazaderas metálicas se soltaron, cuando el cohete estabilizó su marcha vertiginosa por el espacio, y dentro del pequeño vehículo espacial se formó una gravedad artificial que le permitió vestirse como si se encontrara pisando tierra firme.

El traje se le adaptaba bien.

Se ajustó el casco de vidrio transparente. Mientras tanto, por el visor se descubría la distancia azulada, brumosa, de la Tierra, quedando atrás, lejos del «Ultralux». Por los micrófonos llegó el sonido metálico, urgente, de una voz:

—¡Aquí, Base Central del Sidéreo, llamando a nave «Ultralux», ocupada por un desertor! ¡Base Central llamando a «Ultralux»! ¡Aterrice inmediatamente, o dispararemos contra usted! ¡Patrullas militares en su busca, le rodean! ¡No ponga en marcha la velocidad superlumínica, o morirá en la prueba! ¡Peligro gravísimo si intenta esa locura! ¡Entréguese y no le ocurrirá

nada! ¡Entréguese en la Base Central!

La radio seguía llamándole.

Rand sonrió duramente tras su casco transparente, dotado de aire respirable, y de reproductores de sonido. Con mano enérgica, cerró el paso al sonido exterior. Luego, pulsó el botón rojo, sobre el que se leía: «Velocidad superlumínica.»

Los resultados no se hicieron esperar.

Sus sentidos parecieron estallar, su cuerpo entero disolverse, distenderse hasta el infinito. Una miríada de luces le rodeó, todo dio la impresión de desintegrarse en el vacío, con un estampido ensordecedor, intolerable.

Después, aunque sintió que caía en el asiento, y unas abrazaderas más férreas le sujetaban... ya no vio ni oyó nada más.

Un abismo de luz le tragó, le envolvió hasta aniquilarle, hasta hacerle perder la noción de todo...

CAPÍTULO VII

EL ENCUENTRO

NUMEROSAS franjas de luz infinitas, sendas que parecían hechas de luz viva, de luz corpórea. El Universo entero pareció pasar junto al «Ultralux» en cuestión de segundos. Planetas, mundos habitados por el hombre, espacios cuajados de asteroides o de polvo cósmico... Todo se perdió en la nada, en la negrura infinita que quedaba atrás... para que la nave de la Tierra continuara su viaje fabuloso a través de la luz y de la distancia. A través de los mundos, los espacios, los sistemas solares más remotos... ¡Camino de las lejanas estrellas inaccesibles!

Todo había ido bien. El «Ultralux» no era un fracaso, sino el más sensacional triunfo de la Ciencia humana, en su lucha por la conquista, no ya

de los mundos, sino de las Galaxias, estrellas y cuerpos celestes más distantes e ignorados. Ahora mismo, sobre un tablero iluminado del cuadro de instrumentos, un indicador señalaba en rojo la cifra de 2 unidades-luz. Esto significaba, rotunda y claramente que estaba viajando a una velocidad fabulosa, insospechada. Había doblado la velocidad de la luz, y la aguja oscilaba hacia el número indicando que la marcha del «Ultralux» podía crecer. Crecer más, salvada la primera barrera.

Sacudió la cabeza dentro de la pequeña nave. Alex Rand se sentía bien, perfectamente bien. A pesar de que su cuerpo estaba más acá de toda ley física, viajando por un espacio y una dimensión absolutamente nuevas. Estaba saltando incluso los límites del tiempo. Porque si su velocidad era superior a la de la luz, ¿no era cierto que las imágenes del pasado podían surgir de repente ante él, al darles alcance, llegando antes al punto de destino de las ondas de luz, que la propia imagen proyectada por el momento en, que ocurriera el hecho?

Era una teoría filosófica, más que científica, aquella que aseguraba siglos atrás que el hombre, cuando lograra rebasar la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, velocidad por otra parte inalcanzable, según la estrechez mental de ciertas generaciones, impropias del siglo en que vivieron, primero en la historia de la cuarta dimensión, y estaría por encima del tiempo y su quista del espacio, se encontraría viajando en una nueva marcha inmutable.

Pero ¿y si era algo más que filosofía? ¿Y si el espacio-tiempo tenían una relación directa, inseparable que hacía factible ese hipotético salto? Entonces él... podría regresar a un pasado... o a un futuro.

Alex no quería pensar en ello. Era una idea enloquecedora. Pero la nitidez de pensamiento, la fluidez de ideas y de sensibilidades, en aquel mundo fabuloso más allá de la luz, le embriagaba, le hacía sentirse ligero, radiante, superior.

Pero Alex no era soberbio. No era éste uno de sus defectos. Trató de serenarse, coordinando ideas con absoluta tranquilidad. ¿Por qué temían su viaje los hombres que parecían dominados por aquel monstruo horrible incrustado en sus espaldas? ¿Qué relación podía existir entre su salto al espacio y aquella especie de epidemia?

Willard, su amigo, le había dicho, lleno de terror, que no podía ser quien montara en el «Ultralux...», porque él era el hombre de la profecía. ¿Qué profecía y qué hombres eran aquéllos que habían citado ya tres hombres distintos, y los tres con igual escalofriante horror en la espalda? Era mejor no pensar en todo aquello...

Conectó el visor de la televisión, esperando ver franjas de luz, como veía en torno mientras era proyectado a través de distancias alucinantes.

Pero no fue así. Sin duda, aquel sistema visual estaba sincronizado a una velocidad diferente. Pudo captar el espacio. Una grandiosa y terrible escena de negruras, cuajadas de luces distantes, de cuerpos celestes, flotando en la

armonía colosal de los cielos, en el concierto perfecto y portentoso del Universo.

Aquella visión excepcional de los cielos, a millones y millones de millas de la Tierra, se movía. Avanzaba hacia ella, y los cuerpos celestes aumentaban de tamaño, pasaban ante él, y eran engullidos a sus espaldas, a ambos lados del rectángulo visor, en un desfile de prodigio, de maravillosa grandiosidad.

Estelas de luz, galaxias, nebulosas de lechosa luminiscencia, fenómenos cósmicos de inaudita belleza, encontraban su exacto reflejo en las imágenes claras y de suave color de la pantalla vidriosa.

Alex Rand suspiró. Era el primer hombre que llegaba a aquella distancia. Estaba cruzando ante constelaciones que, a la velocidad de la luz, tardaban meses enteros en llegar sus rayos a la tierra.

Contempló, atónito, el graduador de velocidad. Casi dio un respingo dentro de sus abrazaderas. ¡El número doce era señalado por la aguja!

Doce veces la velocidad de la luz... Algo inimaginable, estremecedor...

Conectó los micrófonos. No le llegó otro ruido que uno largo, sibilante, continuado. Posiblemente ruidos del propio vehículo. Porque ¿qué ruido podía llegar hasta algo que viajaba a más velocidad que la luz, millones y millones de veces la velocidad pobre del sonido?

Súbitamente, vio algo en la pantalla visora. No era un cuerpo celeste. No uno cualquiera de aquellos que desfilaban ante él. Ni un planeta, ni una estrella, ni mucho menos un aerolito....

Estaba allí, ante él. Y, cosa extraña, como suspendido en el cielo, inmóvil... ¡Inmóvil para él, que iba a velocidades de auténtico delirio!

No podía estar inmóvil. Esa inmovilidad, en un cuerpo, sólo podía significar que estaba ante el suyo... pero equidistante... ¡A la misma velocidad que el «Ultralux»!

—Pero... ¡pero eso es imposible! —musitó, perplejo, inclinándose para observarlo mejor —¡Ninguna nave puede alcanzar la velocidad de ésta!

Tenía forma oval, alargada. Brillaba con fosforescencia azulada. Y parecía estar cerca, si las distancias y las proporciones no llegaban deformadas, a través de la visual de la pantalla.

No era, indudablemente, un cuerpo celeste natural. Su aspecto era el de un objeto artificial, creado por manos inteligentes, por una mentalidad humana.

Acaso era una nave...

Una nave adherida a la suya por ley de gravitación, dentro del campo superlumínico en el que viajaban. Alex, intrigado, contempló la forma ovoide y luminosa. Durante muchos segundos, durante los cuales surcaron millones de millas a través del laberinto infinito del Cosmos, la visión se mantuvo inamovible.

Rand se preguntó cómo terminaría aquello. Fuese artificial o natural, para ir pegado a él... aquel cuerpo también tenía que llevar una velocidad superior

a la de la Luz.

Y si en la Tierra no había naves superlumínicas, salvo el «Ultralux»... la conclusión inmediata era que aquel vehículo de los espacios no era terrestre.

Esto abría un campo prodigioso a la especulación. Sin embargo, Alex Rand no era amigo de especular. Le gustaba comprobar las cosas sin lugar a dudas. Su mano se extendió, empezando a oprimir suavemente el botón de freno.

La aguja descendió vertiginosamente en el indicador de velocidad. Las formas de la pantalla cambiaron de tamaño y movimiento. Se hicieron lejanas, casi inmóviles. El cuerpo ovoide se mantuvo, con una contracción tremenda que sacudió su fuselaje curvo, ante los ojos de Rand.

Éste pulsó el rumbo, a la vez que la disminución de velocidad iba en aumento. Bajo la nave astral de Alex, apareció un planeta lejano, de otro Sistema Solar. Le rodeaban asteroides y satélites en número infinito. Algo así como el anillo de Saturno, pero en vez de estar compuesto por polvo cósmico, lo constituían, enormes piedras y formas, girando en torno del planeta, por gravitación similar a la del Sistema Solar.

Eligió un asteroide de mayor tamaño y formas irregulares, una especie de colosal pedrusco, acaso una décima parte del tamaño de la Luna terrestre. Luego, volvió a oprimir el rumbo, y también el freno. Finalmente, tocó el botón para velocidades de despegue, y aterrizaje.

La nave, venciendo todas las dificultades de gravitación, se posó suavemente sobre una tierra rocosa, desolada y yerma, que aparecía cubierta por un cielo negro, con lejanas estrellas y remotos soles. El frío en el exterior debía de ser de cientos de grados bajo cero, pensó Rand, dentro de su traje.

Siguió a través de la pantalla el perfecto aterrizaje sobre el asteroide. Vio cómo el cuerpo ovoide, atraído por la gravedad del asteroide y del propio «Ultralux», tomaba suavemente tierra detrás suyo, posándose como un cuerpo fosforescente, sin vida alguna, en el pelado y gélido suelo del pedrusco estelar.

Alex Rand respiró con fuerza bajo su escafandra de materia plástica. Luego, al verse libre de las abrazaderas metálicas, se incorporó, decidido. Si el aire era irrespirable fuera, incluso si era nocivo o cargado de gases tóxicos, la carga de aire condensado de su escafandra, le libraría del peligro. Si la gravedad era tan leve que no podía retenerle, las suelas adherentes de su traje espacial, le mantendrían pegado al suelo. Todo estaba previsto en aquel ropaje extraño y útil.

La puerta del «Ultralux» se abrió, al pisar ante ella. Rand, pistola en mano, y con la decisión de quien ya no teme a nada, porque se ha enfrentado a riesgos muchos mayores, cruzó el umbral. Saltó al suelo de aquel mundo helado. Sus pies, al tocar la superficie inhóspita, bajo el ciclo negro y frío, levantaron oleadas de cenizas petrificadas, como lava de un volcán extinguido millones de años antes. Aquél era un fragmento de mundo muerto, de lugar sin vida.

Pisó las cenizas dificultosamente. Formaban capas densas, no movidas acaso a lo largo de miles y miles de años por cuerpo extraño alguno. Rand se movía con facilidad, por la leve gravedad del asteroide. Sus adherentes zapatos impedían que volase materialmente sobre el suelo del mundo desconocido,

Alex caminó hacia la otra nave. Estaba parada a menos de media milla de la suya, sobre unos promontorios de los que se alzaban nubes de ceniza, formando un polvillo grisáceo y sutil tras el aterrizaje del extraño aparato.

¿Qué misterio encerraba aquella nave? Cuanto más se acercaba, menos humana le parecía. No, decididamente, aquél no era un perseguidor de la Tierra. No era siquiera de su mundo. Pero ¿de dónde había salido, entonces?

Podía haber arrancado en ese momento, dejando para siempre en el asteroide a la brillante nave ovoide. Era más cómodo y menos arriesgado. Pero algo movía a Rand hacia el otro cuerpo celeste. Acaso una fuerza superior a su voluntad, acaso un presentimiento singular e inexplicable, que movía sus músculos e incluso su propia mente.

Llegó ante el óvalo brillante. Tocaron sus manos, enguantadas de rojo impenetrable, la superficie tersa. No era metal, plástico ni vidrio. Pero tenía algo de todo ello.

En su fuselaje tenía un nombre grabado. Pero los raros caracteres resultaron indescifrables a ojos de Alex. Había una puerta. Cerrada, hermética al parecer...

Alex apoyó en ella su mano suavemente, para explorar... y la puerta se abrió.

Alex retrocedió un paso, sorprendido. Le daba la impresión de que ningún resorte pudo hacer tal cosa. La puerta se había abierto a su simple contacto. Era extraño.

Casi tuvo miedo. Por primera vez. Más acaso que cuando vio en la espalda de un ser humano al extraño reptil adherido...

A pesar de todo, miró al interior. Estaba resplandeciente, con una irisada luminosidad irreal, fantástica. Avanzó. Era igual que si aquella luz le atrajese. Como si una voz le llamase... Una voz sin sonido, una llamada sin voz...

Entró. Pisó un suelo blando, esponjoso y de un color azul intenso. Los muros de la nave eran como vidrio luminiscente. No se veían mandos, controles ni mecánica alguna.

Todo estaba vacío. Ni asientos, ni cosa alguna visible. Solamente, en el centro de la única sala ovoide, una forma alargada, algo así como una urna de cristal blanco, opaco. Avanzó hacia esa urna, poseído de un escalofrío. Era impresionante. Sin saber por qué, pensó en una tumba, en una de las milenarias pirámides de los reyes egipcios en la Tierra... Una tumba del espacio... un ataúd de los cielos...

Escalofriante, pero cada vez más intenso, más convincente. ¡Porque dentro de la urna, que ahora clareaba, al estar más cerca, haciéndose translúcida...

había una forma tendida, un cuerpo inerte y rígido...!

Se inclinó, muy pálido, sobre la fabulosa tumba del Cosmos, el féretro errante de la inmensidad sideral en que se encontraba. Miró a través del vidrio, intentando ver la figura, el rostro del yacente cuerpo...

De súbito, se echó atrás, como sacudido por un latigazo helado de irrealidad, de ultratumba... ¡La tapa del ataúd, sin tocarla nadie, estaba alzándose!

Un lejano susurro, como el aullido de un viento sobrenatural, como miles de voces de un coro angélico perdido en las negruras del Universo, llegó a los oídos de Alex Rand.

Vio a la persona que el ataúd de cristal ocultaba. Vio a la más hermosa figura de mujer jamás soñada. Al más ideal y fascinante rostro nunca contemplado por ojos humanos. La perfección misma, la hermosa entre las hermosas, blanca e inerte en su solitario sueño de siglos...

Rand se inclinó, ahora sin miedo, sobre la belleza rubia, esplendorosa e inerte. Los largos cabellos, los párpados cerrados, la boca rosada, inmóvil. El seno sin agitar, apretado por la malla plateada y negra de su fantástico atavío. Las piernas prodigiosamente bellas y perfectas, dentro de su ropaje ceñido, color plata...

—¡Dios mío! — susurró —. Jamás vi tanta hermosura. Nunca una mujer así la soñaron en nuestro mando...

Estaba su cabeza sobre la de ella. Hizo una fuerte inspiración del aire acumulado en su escafandra. Luego, se la arrancó de un tirón firme, resuelto. Sin obstáculos entre él y ella, besó los labios exagües de la muerta...

Un martilleo extraño sacudió las sienes de Rand. Sintió un estremecimiento, recorriendo todo su ser.

Asombrado, se echó atrás. Notó que aspiraba aire. ¡Oxígeno!

Miró a la puerta de la nave. Estaba cerrada. Y dentro del cohete ovoide había aire respirable... Luego, sus ojos dilatados se clavaron en la mujer inmóvil.

Fue como si el lejano sueño, la fantasía de la leyenda, cobrara vida. Como si en aquel materialista y supercivilizado año 2650, la fábula infantil de la Bella Durmiente se hiciera realidad.

¿Qué prodigiosa varita, qué magia inaudita estaba logrando el milagro? Rand, atónito, observó cómo la mujer de la urna abría sus ojos lentamente. Parpadeaba, mirándole a él, con unas pupilas verdes, luminosas y bellas como jamás viera él otras.

La Bella Durmiente de los Espacios volvía a la vida... al beso de su príncipe azul, el rebelde de la Tierra Alex Rand...

—...La profecía ha empezado — dijo Lunia, reina del planeta Alton, despertando de su sueño de un millón de años para mirar a Alex Rand, su visitante —. Tú vienes de la Tierra, hombre desconocido...

Pero el estupor y la incomprensión se reflejaban en el rostro de Alex Rand,

al oír sus sonidos musicales, armoniosos pero carentes de sentido para él, totalmente incomprensibles en su bella y rara fonética...

—Tú no me entiendes, hombre del lejano mundo terrestre — siguió Lunia, ya sentada en su urna, mientras Rand retrocedía —. No puedes comprender mis sonidos, bello terrestre... como yo seguramente no entiendo los tuyos...

—¿Quién eres? ¿Qué lenguaje hablas y qué prodigio es éste?— estalló Alex, confuso.

—¿Lo ves? —ella sonrió, y su sonrisa bellísima sí que fue comprendida por Rand —. Tú tampoco te haces comprender. Espera, terrestre. He previsto lo que sucedería... si mi sueño no era en vano, y tú llegabas alguna vez hasta mí... como así ha ocurrido.

Lunia se incorporó del todo. Su mano larga, nacarada, descendió hasta tomar del fondo de la urna dos curiosos objetos. Eran dos casquetes plateados, adaptables a la parte superior de la cabeza, con una singular rejilla a cada lado. Tendió uno a Rand. Luego, sin hablar, con su misma sonrisa deslumbrante, se aplicó el otro a su propia cabeza.

Rand comprendió. Lentamente, hizo lo mismo. Y le llegó al cerebro, a través de aquel extraño mecanismo, la voz dulcísima de ella. Pudo captar con sus oídos los sonidos extraños, irreconocibles. Y, simultáneamente, su cerebro recibía una traducción exacta en su propia lengua, con la misma voz maravillosa y cautivadora:

—Ahora acaso puedas comprenderme, si nuestras mentes son gemelas. Sólo la comprensión del sonido nos separa. Veo que respiras aire, como yo misma. Veo que eres, físicamente, como yo soy. Acaso mucho más alto. No te imaginaba así. También eres más hermoso que nuestros hombres de Alton...

—Mujer, quienquiera que seas — habló Rand. Y vio la comprensión, la inteligencia, en los ojos de ella. También su voz encontraba traducción exacta en el maravilloso traductor de sonidos y de palabras —. No sé lo que es Alton, ni lo que tú haces aquí, a millones de millas de todo lugar habitado. Pero sé que eres hermosa entre las hermosas, como jamás vi ninguna. Y que parecías muerta, hasta que mi beso te despertó. Di, hermosa durmiente, ¿quién eres?

—Mi nombre es Lunia, y reinaba en Alton hace mucho tiempo... —sonrió —. Un millón de años como decís vosotros en vuestro mundo.

—¿Un millón de años?—el rostro de Rand mostró su horror. Se le erizaron los cabellos —. ¡No es posible, Lunia! Debes sufrir un error.

—No hay error; terrestre. Entonces, tu mundo era primitivo; vivíais en cavernas. El mío era ya adelantado, supercivilizado. Yo tenía que esperarte. Y te esperé todo ese tiempo... Dormí hasta que tú me despertaste. Es la profecía, hombre de la Tierra...

—¡La profecía! — Rand avanzó hacia ella —. ¿Qué quieres decir, mujer? Ya otra vez oí hablar de eso... y era prueba de que estaba ante un enemigo mortal...

—¿Qué oíste... hablar de la profecía? ¿A quién?— se estremeció ella.

—A hombres que ya no eran hombres. Seres dominados por algo monstruoso. ¡Algo que acaso está también en ti!

Fue brutal a conciencia. Avanzó hasta Lunia, y sin que ella lo esperase, rasgó su ropaje en la espalda. Cayó toda, la tela, atrancada hasta su cintura. Ella se cubrió con los brazos sobre el cuerpo, gimiendo sorprendida. Rand vio su espalda tersa, nacarada, sin huella horrible alguna... sin ningún reptil adherido a ella.

—Perdona — pidió, con un suspiro. La miró, asombrado—. ¿De modo que tú... y este encuentro... eran la profecía a que ellos se referían?

—Es la Gran Profecía de las Estrellas, sí. Pero ¿por qué haces esto, terrestre? ¿A qué «ellos» te refieres, al decir que te hablaron de la profecía?

—A amigos míos que ya no lo eran, Lunia. Hombres como yo, en cuyas espaldas había una serpiente pegada... ¡y cuyos cerebros habían cambiado, trastornándoles!

—¡Dios mío! —el terror más vivo la sacudió—. ¡Sierpes! ¡Sierpes...! ¿En la Tierra?

—Sí, en la Tierra. ¿Les llamas sierpes?

—Sí, terrestre. Son nuestros enemigos. Enemigos de toda raza inteligente, de todo mundo habitado... Invaden nuestro planeta desde hace miles de siglos... Llegan de las más remotas estrellas del Universo, de mundos a los que jamás hemos llegado...

—Sierpes... — Rand, se tocó la cabeza, atónito —. Tú las conoces ya... aunque duermes hace un millón de años. Es... ¡es increíble, Lunia! Todo es increíble, compréndelo... Yo, hasta ayer, hasta hoy, no sé hasta cuándo, porque ni siquiera sé en qué momento del tiempo me encuentro, era un Recluta Especial de la Tierra. Un rebelde, un desertor fuera de la Ley. No es posible que esa profecía se refiriese a mí... Yo no soy nadie importante para que tú me esperases un millón de años, Lunia. Soy... un hombre vulgar, incluso tal vez despreciable. Un cínico, un fanfarrón camorrista y necio... Nadie me aprecia allí, en la Tierra. Me culpan de muchas cosas, y tienen razón. Di ahora, Lunia... ¿Crees que un tipo así puede ser esperado por una mujer como tú, y profetizado por las estrellas, millones de años antes de nacer siquiera? No, no, Lunia, desengáñate... y sigue esperando. Todo esto es puramente casual. Una casualidad me hizo escapar con mi nave de velocidad ultralumínica. Otra casualidad me hizo parar aquí y venir a buscarte...

—Nada hay casual en el Universo, terrestre — ella extendió sus manos, tomando las de Alex con ternura. El contacto provocó en Rand una sensación escalofriante, estremecedora—... Todo es por voluntad de Dios, de nuestro Creador... Vosotros tenéis un Dios en la Tierra, ¿no es cierto?

—Sí...—susurró Rand, impresionado.

—¿Ves? Será el mismo. Todos somos sus criaturas, terrestre. Y Él ha querido este encuentro nuestro... porque tú eres el designado por las estrellas para salvar a mi mundo, al tuyo..., a todos, tal vez.

Él dijo, atónito:

—¿Cómo podría yo hacer tal cosa, Lunia? Ni siquiera sé contra lo que tengo que luchar..., ni de qué manera.

—Yo sé que tú eres aquél a quien esperó. Tú me has despertado de mi letargo. Un letargo del que era preciso algo más que un beso, según la Ciencia. Allí donde la Ciencia ya no penetra, empieza el verdadero encantamiento, el hechizo, el milagro que ningún ser humano puede explicarse. Y en ese mundo sobrenatural, estamos tú y yo, terrestre. ¿Cuál es tu nombre?

—Rand. Alex Rand.

—Alex. Es nombre de héroe. Y yo sé que tú eres mi héroe, el héroe del Universo.

—Lunia, no sé — Rand se sentía confuso, estremecido —. También los hombres dominados por las sierpes hablaron de mí, como del hombre de la profecía. ¿Quieres explicarme definitivamente ese misterio? Aunque te repito que nada esperes de mí.

—Voy a explicártelo, Alex... Y lo espero todo de ti...—sonrió ella, con una ciega, asombrosa confianza y fe en el hombre con el que se había encontrado, tras el sueño helado de un millón de años. Sueño del que había bastado el beso de aquel hombre para despertar...

Algo que ni siquiera el profesor Klagg, inventor de aquel prodigio, hubiera podido explicar, porque escapaba a toda ciencia humana...

CAPÍTULO VIII

REGRESO A ALTON

MIRA eso, Alex!— ella señaló la pantalla visora del «Ultralux» con emoción —. ¡Si apenas parece haber transcurrido el tiempo! ¡Alton sigue igual!

¡La ciudad, las torres, las calles, alamedas y jardines...!

¡Lo mismo que hace un millón de años!

Rand asintió, contemplando la resplandeciente ciudad en la pantalla. Ahora sabía toda la historia fantástica de Lunia. La profecía de Zaar Xaba y el sacrificio de Lunia, al parecer no estéril del todo, aunque maldito si veía cómo salir de aquel enredo, ante un enemigo tan formidable como los sierpes. Ni siquiera un titán podría enfrentarse a millones de sierpes extendidos por el Universo como una plaga.

No sabía qué podría hacer él.

Ahora, ambos viajaban juntos en la nave de Rand. Aquellos dos asientos parecían hechos para él y Lunia. Habían partido hacia Alton, el lejano planeta. Y en cuestión de horas, estaban ante él. Una distancia de dos millones años-luz de la Tierra, salvada en horas,.. Eso hizo ver la realidad a Rand.

—Lunia, creo que la distorsión del espacio-tiempo, al romper la barrera de la luz y alcanzar tanto tú como yo velocidades inauditas, ha provocado un fenómeno asombroso. Para la Tierra, han sido un millón de años lo que ha transcurrido. Pero vosotros, que os movéis en una dimensión espacio-tiempo distinta, tal vez habéis vivido mil, o cien años..., o un día. Todo es posible, Lunia, cuando el hombre salva muros infranqueables. Y el tiempo es un concepto relativo, algo inexistente que nos hemos empeñado en medir, cuando ni siquiera tiene medida...

—Mira, las gentes por las calles, todo normal, como siempre — Lunia estaba radiante, maravillada por la imagen recibida, cuando esperaba la de

ciudades en ruinas, y grandes campos de cadáveres, tal ,y como lo viera en el poliedro mágico de Zaar Xaba.

—Lunia, otra cosa — Rand la miró de soslayo, gravemente, sin dejar de aproximarse a Alton, ya debajo de ellos, después de aplicar la velocidad de aterrizaje —. Es posible que estemos equivocados y lo que vemos sea lo que «ellos» quieren que veamos.

—¿Eh? ¿Qué es lo que quieres decir? —se sorprendió ella.

—Quiero decir, que si son lo bastante astutos para adherirse a los terrestres y pasar inadvertidos, sembrando destrucciones y sabotajes, bajo una personalidad usurpada o dominada desde la espalda del individuo, pueden serlo también para ir adheridos a las espaldas de los wulkan de tu planeta, Lunia.

—¡Dios mío, no! —le miró con terror—. ¿Crees que eso es lo que sucede?

—No lo sé seguro, Lunia. Acaso tu gente fue capaz de vencerlos en la guerra abierta, y sólo más tarde los sierpes descubrieron que podían dominar al individuo mentalmente. Pero también es posible que lo supieran durante la guerra con vosotros, y pusieran en práctica su fantástica propiedad, que les hace poco menos que invencibles.

—¿Cómo comprobarlo, Rand? — preguntó ella, siempre sumisa a sus decisiones.

Alex la contempló, pensativo. Le gustaba que ella fuera dócil, a pesar de que se advertía su hábito de mandar y ser obedecida. Sonrió con cierta dureza Alex.

—Sólo hay un medio, Lunia. Aterrizando en Alton normalmente. Si tú apareces, provocarías acaso una alarma inmediata en «ellos», si te conocen. Piensa que incluso los sierpes de la Tierra saben que existía una profecía y que ese hombre temido podía ser yo. Indica eso una coordinación fabulosa entre todos los sierpes del Universo, un contacto especial y ultrarrápido, que mueve sus mentes y sus actos.

—¡Son una raza horrible y maldita, Alex!

—De acuerdo. Pero insultándoles no les venceremos, Lunia. Recuerda la profecía: «Utilizando sus propias armas, les venceremos.» Yo sólo veo hasta ahora un arma en ellos que nosotros podamos utilizar a nuestro propio favor: la inteligencia.

—¿Y de qué modo la emplearás, Alex? Solamente confío en ti...

—Voy a aterrizar. Y voy a fingirme un viajero interplanetario perdido. Atraeré hasta aquí a uno de los tuyos. Luego..., Dios dirá, Lunia. Y no confíes demasiado en mí, te lo repito. Me parece que voy a ser un héroe muerto... o puesto en ridículo.

—No, Alex — sostuvo ella, con admirable tenacidad —. Vencerás. Lo sé.

Impresionado por tanta seguridad, Rand respiró con fuerza y aplicó el freno a la nave. Volaba sobre un amplio campo blanco, apto para un buen aterrizaje. Descendieron.

Suavemente, el «Ultralux» creado por los terrestres, se posó en la superficie de Alton, el planeta lejano. Unos hombres de raza wulkan avanzaron a la carrera hacia el vehículo. Llevaban armas magnéticas en sus manos. A través de la pantalla, Lunia les vio venir. Musitó:

—No..., no son las mismas ropas que cuando yo salí de Alton. Han debido pasar... algunos años.

—Ya nos enteraremos de todo eso — dijo Alex fríamente —. Tengo un plan, Lunia. Tú vas a ayudarme. Verás...

Habló en voz baja. Ella, sorprendida, asintió. Sus ojos brillaron. Al final sonrió, con otro vivo asentimiento. Alex, entonces, se movió hacia la puerta del «Ultralux» y al pisar ante ella, ésta se abrió lentamente. El diáfano aire de Alton, con su sol azul, se mostró ante ellos, al otro lado de la puerta.

Los hombres armados se detuvieron. Miraron hacia el umbral de la astronave, dispuestos a apretar los resortes de sus armas. Luego, la perplejidad se apoderó de todos, al ver que nadie salía.

Lentamente, Alex Rand comenzó a salir. Los wulkan dieron un paso atrás. Vieron al extraño, con el rostro cubierto de rojo. La sangre fluía de su mejilla, goteaba en tierra, y su rictus era de vivo dolor. Cayó de rodillas, sin llegar a salir de la nave, con un grito de angustia.

Hablaron los wulkan con rapidez y vivos gestos.

Un oficial y dos subordinados avanzaron a la carrera. Rand iba desarmado, y caía ya en el suelo del pequeño proyectil cónico parado en mitad de la gran pista.

El oficial llego a la altura del vehículo del espacio y no vio a nadie, sólo a Alex Rand, balbuceando frases incoherentes. El oficial habló en idioma wulkan. Los dos soldados asintieron. Uno se apartó, quedando de guardia al pie del vehículo. El otro iba a subir con el oficial. Éste cruzó la puerta, dirigiéndose hacia Rand, arma por delante.

Fue todo velocísimo. En cuanto el wulkan pisó la pequeña zona de Alex dejara libre, la puerta se cerró. El otro soldado chilló, queriendo abrirla en vano. Alzó su arma para disparar. Pero, de repente, el cohete salió disparado a los cielos, en medio de un vivísimo resplandor centelleante, y dejó abajo, envuelto en ardiente humo a los dos soldados, que en vano dispararon a las alturas porque la velocidad de despegue del «Ultralux» habla sido supersónica.

Los disparos se perdieron.

El oficial, sacudido por el impacto, se tambaleó y cayó al suelo. Juró rabiosamente al ver surgir, del escondite tras los asientos, donde se había agazapado, Lunia, a la hermosa mujer wulkan. Era Lunia quien, siguiendo las instrucciones de Alex Rand, había pulsado el botón de despegue en el momento preciso.

—¡Soy tu reina Lunia ! — exclamó ella —. ¡Somete tu voluntad a la Gran Señora!

Por toda respuesta, el oficial wulkan juró en la lengua de Alton, y dirigió su arma contra Lunia. Alex cayó sobre él, saltando elásticamente en el suelo, y de un brutal mazazo en la muñeca lanzó el arma lejos de su alcance.

Al mismo tiempo, le encañonó con su turbo-nuclear, avisando roncamente:

—¡Quieto, o disparo!

Lunia tradujo lo que Rand decía en lenguaje terrestre. El oficial miró a ambos con fría ira. De repente, como si reconociera a Lunia, comenzó a hablar suavemente:

—Oh, Gran Señora, claro que os conozco. Perdonad a vuestro humilde súbdito, que os creyó una impostora. Creí que habíais muerto hace mucho tiempo, más de doscientos períodos, en el espacio a donde dicen que fuisteis...

—¡Cien años!-—Alex entendía bien el wulkan a través de su «traslator» mental —. Eso es lo que ha transcurrido para Alton, Lunia. Has dormido solamente cien años...

—Bien, oficial. Levántate y obedece — dijo Lunia - Quiero preguntarte algo. ¿Es cierto que habéis vencido a los sierpes?

—Cierto, Señora — declaró con orgullo el oficial—. Ninguno quedó con vida en Alton.

Se había puesto en pie. Alex vio que Lunia se disponía a tomar tierra de nuevo, pulsando un resorte. Preguntó vivamente:

—¿Qué haces, Lunia?

—Regresar a Alton — sonrió ella —. Ya no hay motivo de temor, Alex...

—¿No? —Rand estaba junto al oficial, secándose la sangre que brotaba del corte que él mismo se hiciera en la mejilla, antes de salir a la puerta del «Ultralux Do repente, su voz subió de tono violentamente— : ¿Y esto, Lunia?

Había rasgado, de un tirón impresionante, las ropas de la espalda del oficial, al tiempo que do un puñetazo en el rostro, le hacía girar violentamente. Ella chilló, lívidamente, al descubrir la forma, reptante, adherida a su espalda. Verde, ondulada, viscosa.

—¡Un sierpe! — gritó, horrorizada, retrocediendo —. ¡Uno de «ellos»!

La sierpe se movía en la espalda, pugnando por arrancarse, mientras el wulkan pretendía luchar rabiosamente, con boca espumeante de furia. Rand disparó su turbonuclear sobre las piernas del infortunado autómata movido por la voluntad de un sierpe. Horriblemente mutilado, rodó por tierra. El reptil verde de su espalda se agitó, empezando a despegarse de ella. La cabeza maligna miró a Alex Rand. Parecía dotado de una inteligencia prodigiosa, desorbitada para su tamaño y especie animal...

—¡Por Dios, Alex, mátalos! ¡A los dos! — gritó Lunia— ¡Él dejará de sufrir.... y el sierpe será aniquilado...!

—No es necesario — avisó Rand roncamente, la vista fija en la sierpe—. ¡Mira a ese desdichado!

Lunia lo hizo. Estaba inmóvil. Muerto. AI desprenderse totalmente de su espalda el monstruo culebreante de cuerpo verde y siniestro, el oficial había

dejado de existir.

—Absorben cerebro y vida — dijo Alex, sin apartar los ojos del bífido, que avanzaba hacia él reptando por el suelo del pequeño proyectil —, Son una raza, de parásitos, que sólo viven sobre cuerpos ajenos. Pero poseen inteligencia. Demasiada inteligencia... Cuando invadieron Alton, ya lo habían hecho con otros mundos habitados del Universo, más lejanos aún. Y fueron sus armas, sus naves y sus procedimientos los que utilizaron para llegar y atacaros. Por sí solos, no son nada. Nada más que reptiles llenos de agudeza mental y de perversidad...

Sibilante, el reptil se lanzó sobre Rand. Parecía entender todo cuanto decía. Alex rio, burlón, apartándose a tiempo. El reptil pasó por su lado, en mortífero ataque, tratando de enlazar con su coletazo el cuello de Rand.

Alex aplastó su cabeza de un culatazo terrible con un turbó-nuclear. El sierpe demostró no ser muy fuerte físicamente. Osciló bajo el impacto. Otro segundo mazazo del arma de Rand entre sus ojillos menudos y escalofriantes, derribó a la serpiente como muerta. Alex la miró, jadeando. El cuerpo corto y cilíndrico latía, se agitaba aún con vida.

—Solamente está aturdida — dijo con voz grave, mirando a la atemorizada Lunia —. Por lo que tú me referiste, sabía que eran débiles en lucha abierta. Sólo, así se explica que la invasión durase lustros... hasta que descubrieron que podían adherirse a los ciudadanos wulkan, e ir así saboteando, infiltrándose en las defensas de tu planeta, Lunia. Dos golpes han bastado para derribar a ese asqueroso reptil.

Ella preguntó:

—¿Y... no vas a matarlo?

—No —sonrió Rand—. Lo necesito con vida..., de momento. Si tanta inteligencia tienen... es posible que ésa sea su peor arma en esta lucha. Un animal irracional sería imposible de sonsacar. Pero si es inteligente, si piensa..., está perdido. Vamos, Lunia, deja tu repugnancia, y ayúdame. Ha llegado el momento de los grandes heroísmos, si es que quieres que haga algo por confirmar esa dichosa profecía...

—Sí, Alex — asintió débilmente la hermosa Lunia —. Vamos allá...

* * *

El dispositivo estaba montado. Alex había sido siempre muy diestro en la Superescuela. Con un mínimo de material, había montado cosas sorprendentes en las clases.

Pero acaso jamás se vio tan escaso de instrumentos como a bordo del pequeño «Ultralux», cuyo material utilizó en montar un detector mental de gran potencia. Aplicó los electrodos al reptil que, fuertemente sujeto por las abrazaderas metálicas, y unos cables de duranio, arrancados en las conexiones de luz del interior, se mantenía inmóvil e indefenso. Los crueles ojillos de la serpiente parecían mirarles burlonamente, considerándose superior. Lunia se estremeció, y Alex dominó sus náuseas como pudo.

—Las reacciones mentales no podrá dominarlas en su totalidad cuando pregunte — dijo Rand con tono hosco. Señaló el electrocaptor —. Y ahí quedarán grabadas sus respuestas, mucho más sinceras que si las pronunciara él mismo... Todo eso, si tiene inteligencia, claro está. Si no, habremos perdido el tiempo con un vulgar parásito.

Puso en funcionamiento el instrumento, cargándolo de electricidad. El reptil se agitó violentamente, bufó con estridencia, y pugnó por salir de su cautiverio. Pero Alex había sido minucioso al ligarle. Sonrió el terrestre ante sus esfuerzos. Luego, súbitamente, interrogó con dureza, sin esperar respuestas, lanzando las preguntas con la rapidez de trallazos:

—¿Quiénes sois en realidad los sierpes? ¿De dónde venís? ¿Cuál es vuestra inteligencia?... — vio que el electrocaptor escribía signos rápidos, excitados, sobre la banda de metal-papel. Cargó de nuevo, mientras el reptil se mantenía más quieto—: ¿Qué parte de Alton no habéis ocupado aún? ¿Cómo podéis ser vencidos? ¿Quién os dirige?

Así siguieron las preguntas. Algunas, repetidas, para observar la reacción mental del reptil. Rand había comprobado ya una cosa: que había inteligencia dentro de aquella monstruosa cabeza maligna. O de otro modo, no hubiera reaccionado a las preguntas.

Desenrolló la banda escrita. La situó sobre un carrete del detector mental. Si todo había sido hecho a la perfección, por el micrófono empezarían a Salir sonidos. Y los «translatores» de sus cabezas traducirían esos sonidos, la versión sonora de la que la mente de sierpe había escrito involuntariamente con sus reacciones.

De pronto, al girar la banda magnética, empezó el sonido en el micrófono. Ambos se miraron con horror y sorpresa. El sierpe, como irritado, bufó, mirando al micrófono de a bordo. Una voz extraña, metálica, parecía hablar, traduciendo sus pensamientos a las mentes de Lunia y de Alex:

—«Somos una raza llegada del planeta Twakko, más allá de las Galaxias que conocéis vosotros. Invadimos a los Straxx, del planeta Zsäll y nos apoderamos de sus progresos para atacar Alton. Hemos seguido luego la invasión de otros Mundos. Andrómeda, Sirio, Hércules y todo su Sistema Solar... y ahora la Tierra. Seguirán otros mundos habitados hasta que dominemos todo... Nuestra inteligencia no puedes vencerla, Alex

Rand... Porque es demasiado poderosa para ti. Te sería fácil aniquilarnos, sí..., pero solamente si supieras el medio. Es tan sencillo... Pero no te lo diré. No lo sabrás. Nuestros cerebros rechazan decírtelo... ¡Nunca lo sabrás!»

Hubo un silencio.

Se miraron Rand y Lunia. Los ojos de Alex brillaban. Todo su cuerpo estaba tenso. Era formidable el resultado. Pero mucho más aún la resistencia mental de aquellos seres. Por el altavoz microfónico siguió saliendo la voz metálica:

—«Todo Alton está ocupado por nosotros. Bueno, casi todo... La

Península Negra no nos interesa. Está poco habitada. Su gente es inofensiva. Cualquier día iremos allí también... Ya sabes que es fácil vencernos. Pero nuestro cerebro se niega a decírtelo. Siempre hallarás igual respuesta. Nos dirige nuestra inteligencia, nuestro cerebro... Nada más, terrestre. No sigas. No sabrás más. Mi mente se cierra. No sabrás nada más. Se cierra...»

La voz se detuvo.

Rand, furioso, arrancó la banda. Borró aquel sonido, y aplicó de nuevo el «lector mental» al reptil, que se retorció rabiosamente. Esta vez, no escribió nada el encefalógrafo magnético. No hubo respuesta. Era cierto que su mente se había cerrado. El reptil no se diferenciaba ahora de cualquier otro de la Tierra. Incluso parecía más torpe, menos inteligente...

No había nada a hacer.

Alex se aproximó al monstruo cautivo. No le causó remordimiento alguno lo que hizo. Le aplicó una inyección rápida de gas líquido mortal, con la pequeña jeringuilla electrónica que todos los militares terrestres llevaban siempre consigo en su equipo portátil obligatorio.

El reptil dio varias sacudidas. De sus ojos se borró toda vida. Murió en el acto. Lunia, asombrada, veía obrar a Rand. Se acercó a él, y apretó su brazo con fuerza.

Preguntó:

—Alex..., ¿por qué esos cuidados? ¿No era mejor desintegrarlo?

Él negó:

—-No. Aún me va a ser necesario, Lunia. ¿Conoces la Península Negra?

Lunia asintió:

—Sí. De allí era Zaar Xaba. Nunca estuve en ella, pero la conozco. Puedo guiarte.

Alex sonrió:

—Eso es lo que te pido. Eso, y una nueva ayuda — miró con asco al reptil —. Vas a tratar de sujetarme del mejor modo posible ese reptil a la espalda.

Lunia le miró con los ojos desorbitados.

—¡No! — se horrorizó ella —. ¡Eso no, Alex! ¡No lo hagas!

Alex dijo con decisión:

—Si hemos de vencerles con sus mismas armas, creo que nada más a propósito que eso.

—Pero, Alex..., ¿es absolutamente necesario que sea así?

Él asintió:

—Sí, Lunia. Absolutamente necesario. Una vez hayamos comprobado que está realmente muerta..., la aplicaremos a mi espalda. Tiene que producir la sensación de que vive... y de que posee mi cerebro y mi voluntad.

—Sí, Rand. Se hará como tú dices...

CAPÍTULO IX

LUCHA FINAL



A campesina wulkan alzó la cabeza, desde el borde del pozo. Dejó su cántaro en el suelo, vio descender la estría de luz de los cielos de Alton... y contempló, entre perpleja y asustada, cómo se posaba el cuerpo cónico, centelleante, en medio del prado de oscura hierba.

Echó a correr, desapareciendo entre los arbustos. La puerta del cohete se abrió. Alex Rand pisó tierra de Wulkan, caminando sobre el negro prado. Luego, le siguió Lunia, ayudada por él.

Tras los arbustos, los ojos grandes y bellos de !a campesina, seguían los pasos de ambos viajeros...

—Mira, Alex. Un cántaro — dijo Lunia, señalando al pozo —. Había alguien extrayendo líquido, cuando hemos tomado tierra. ¿Dónde estará ahora?

—Se habrá asustado y huido — dijo Rand, escrutando en derredor—. Llama en tu idioma, Lunia. Acaso salga, si ve que no somos de temer...

Así se hizo. Y así ocurrió. Vacilante, la campesina salió a las llamadas de Lunia en su propio idioma.

Les miró la bella joven de cabello plateado, desnudas espaldas y breve falda de piel. Rand observó con alivio que no había sierpe alguma en su tersa espalda al descubierto.

—No temas — dijo sonriendo Lunia —. Soy de tu propio planeta, muchacha. ¿Cómo te llamas?

—Akasha— dijo sencillamente la joven. Miró a Rand, como admirada de su atractivo físico impresionante —. Pero ese hombre no parece un wulkan...

—No lo es — sonrió Lunia —. Nos visita de otro planeta. Pero es amigo.

—Oh... ¿No es un sierpe? —se asustó la campesina.

—No, no es sierpe. Es amigo mío. ¿Vives cerca, Akasha?

—Sí, muy cerca. Venid. Mi bicornio nos llevará a todos... Venid, por favor.

La siguieron. El bicornio resultó ser una especie de gigantesco potro con dos cuernos, y dotado de alas. Les llevó, en un fantástico vuelo, sobre una frondosa jungla negra, hasta detenerse suavemente en otro prado, donde se alzaban varias edificaciones.

—Es un poblado indígena wulkan — explicó Lunia —. Gente sencilla, pobre y humilde. Como Zaar Xaba, el que leyó mi destino en los astros...

La gente del pueblo salió a recibirles. Rand se dijo que las mujeres wulkan eran todas hermosas. Pero ninguna podía competir con Lunia. Ni siquiera con Akasha, que resultaba de una belleza insultante, sensual y poderosa. Su piel era cobriza, y sus ojos color dorado. Con el pelo de plata, formaba un conjunto inquietante, bellísimo. Las demás campesinas, aunque bellas, no lo eran tanto.

—Sed bienvenidos a nuestro pueblo — dijo un anciano de larga barba, como era costumbre en los patriarcas de la Península Negra—. Nuestro pueblo, aislado por la invasión de los sierpes, acoge con cariño a sus huéspedes... Nuestro Gran Profeta Zaar, así lo dispuso siempre.

—¿Zaar?-—Lunia se volvió vivamente, mirando con fijeza al anciano —. ¿Zaar has dicho?

—Sí. ¿Has oído hablar de él y de su gran inteligencia al servicio de Dios?

—Claro. Mis... mis padres y abuelos me hablaron de él — mintió Lunia, excitada —. No sabía que este fuera su pueblo, ni que él fuese Profeta.

—Si queréis, podéis venir a verlo — invitó el anciano —. Guardamos su efigie, por los siglos de los siglos...

Alex lograba comprenderlo todo, gracias a su «casquete-translator» de idiomas. Siguió a Lunia, al anciano patriarca del poblado y a la hermosa Akasha, que le miraba con mucha frecuencia sin ocultar su admiración. Sus jugosos labios rojos brillaban tentadores al sonreírle. Alex también le sonrió. Muchas cosas podían cambiar en su vida, con el fabuloso viaje a Alton, pero no su natural enamoradizo y frívolo. Lunia era la belleza delicada, espiritual y sensible, Akasha, la belleza física y deslumbradora.

En una cabaña tosca se conservaba la imagen. Era una estatua labrada en piedra, negra y pulimentada. Lunia, como fascinada, observó la talla. La luz de una lámpara perenne, iluminaba el perfil de aquel anciano inolvidable, del hombre que leyera su destino y el del Universo, cien años atrás..., un millón de años para la Tierra.

—¡Dios mío, Alex! —musitó—. Era él... Así era él, Alex...

Rand se acercó y miró de frente al anciano. Sus ojos esculpidos parecían vivos, al recibir el reflejo de la luz. La estatua negra impresionaba. El Profeta parecía alentar todavía, tener vida propia... Pero era sólo una efigie de él.

—Creo que hemos encontrado un remanso de paz y de seguridad, Alex — musitó, cuando salieron de la cabaña—. ¿Aquí vas a planear tu ataque contra los sierpes?

—Sí — afirmó Alex, ceñudo—. Juraría..., juraría que al estar ante esa

efigie sentí algo... No sé, algo así como si Zaar, desde su talla en la piedra negra, quisiera decirme algo. Sus ojos... Oh, no me hagas caso, Lunia. Creo que fantaseo.

—Sí, Alex. Has sufrido demasiadas emociones. ¿Por qué no descansas?

—Creo que es lo que necesitamos ambos. Descansar. Lunia, por favor, cuando te acuestes, hazlo con precauciones. Nunca sabemos lo que puede ocurrir, si los sierpes sospechan que estamos aquí...

Lunia asintió en silencio. El anciano patriarca les destinó chozas separadas. Les sirvieron una apetitosa comida a base de frutas y carne que les gustaron más que los alimentos comprimidos de la civilización.

Luego, fueron acompañados a sus alojamientos, y se les deseó feliz reposo.

Lo último que observó Rand, antes de cerrar la puerta, de su cabaña, fue la mirada insinuante, cautivadora, que le dirigió Akasha. Rand, aprovechando que Lunia ya se marchaba, preguntó a la hermosa campesina:

—Akasha..., ¿tú no duermes?

—No — negó ella —. Yo tengo trabajo. Y después, he da rezar mis oraciones ante Zaar, el Gran Profeta—señaló la cabaña donde estaba la imagen. Sonrió, y miró al sol azul de Alton —. Cuando caiga la noche, hombre extraño... Entonces, todos duermen.

Su malicia era evidente. Alex Rand supo lo que quería decir. Asintió con la cabeza, y entró en su cabaña. Sin desnudarse, se tumbó en un lecho tosco pero blando. Se durmió en seguida.

* * *

Cuando despertó, estaba oscureciendo, tras las rendijas de la ventana cerrada de su choza. Alex, se puso en pie de un brinco. Era la hora mencionada por Akasha.

La hora de sus oraciones ante el Gran Profeta...

Sonrió. Avanzó hacia la puerta, asomándose al exterior. No descubrió nada. La gente debía dormir. Trinos de extraños pájaros llegaban de la jungla circundante...

Se acercó, bordeando los edificios del poblado, a la casa donde era venerado el Profeta de los wulkan. Asomó por su entrada, mirando a la llama perenne encendida a los pies de la negra escultura de Zaar Xaba.

—Entra, hombre extraño. Te estaba esperando...

Era la voz de la hermosísima Akasha. Estaba arrodillada ante la luz. Invitadora, sonriendo con malicia. A sus pies, un cesto de frutas. Mordisqueaba uno de los frutos jugosos, y su pulpa caía por las comisuras de sus labios...

Alex entró. Avanzó lentamente hacia ella. Akasha le esperaba, le atraía... Sus ojos dorados fulguraban, seductores, fascinantes como toda su piel cobriza.

—Sabía que vendrías; hombres extraño — dijo con voz roncar—. Lo

sabía... y lo deseaba.

Dejó caer la fruta, que manchó de rojo el suelo, ante la estatua de Zaar. Extendió sus brazos hacia él. Le sonrió con más dulzura que nunca...

Alex Rand estaba ya cerca de sus brazos. De repente, alzó la cabeza. Miró a los ojos de Zaar, tallados en la negra piedra. El destello de la luz en ellos era extraño, desconcertante.

Recordó lo que le contara de él Lunia, durante su viaje a Alton. Recordó sus palabras proféticas:

«... Solamente ese hombre podrá vencer a los sierpes... con sus propias armas... Y si en un momento crucial no se deja vencer... por la tentación del mal y por la inteligencia de los sierpes...»

—Vamos, hombre extraño...—invitó Akasha, con su cálida y acariciadora voz—. Te espero... Eres hermoso y fuerte, hombre extraño... Te amo...

Pero no... ¡era posible!. Rand miró a la hermosa tentadora. Los ojos de Zaar parecían fijos en ella, por reflejo de la luz... Ella, sin embargo, no llevaba sierpe alguna. Su espalda desnuda brillaba a la luz. Tersa, limpia...

No podía ser una autómata más, dominada por los sierpes. Vaciló aún. Su mente hizo un esfuerzo intenso, como huyendo a algo, a un influjo, a una onda mental poderosa, que golpeaba la suya...

«—Te sería fácil aniquilarnos... solamente si supieras el medio... Nos dirige nuestra inteligencia..., nuestro cerebro...»

Habían sido la respuesta de un sierpe. Luego, había parecido aniquilarse su mente... ¡Un cerebro les dirigía! Pero ¿el suyo... o uno ajeno dirigía todos los cerebros sierpes?

Si era eso..., había un solo coordinador..., una mente poderosa, superdotada... ¡única! La que mandaba a los demás sierpes. ¡Los reptiles también eran autómatas..., sus cerebros, solamente reflejo de un solo cerebro, alejado y todopoderoso!

Miró con horror a Akasha, la campesina hermosa. La tentación citada por Zaar en su profecía... La vio entornar los ojos, como queriendo apagar su luz. Las oleadas mentales le golpeaban con violencia el cerebro. No se movió.

—Espera, Akasha — dijo con voz sorda —. Ahora sé..., ahora te conozco. Soy uno de los tuyos. Tu comedia es inútil. ¡Mira!

Giró el cuerpo, rasgándose sus ropas. Mostró la sierpe adherida a su espalda.

No hubo horror en la hermosa. Solamente una mueca, una risa cruel, feroz.

—Mientes, Alex Rand — dijo, en el lenguaje de la Tierra, con voz clara —. Mientes, y muy mal. Esa sierpe está muerta. Yo lo sé. Yo lo sé, porque transmití oleadas de pensamientos a su mente... Y no las captó. Las has captado tú... Ahora ya lo sabes. Yo soy el cerebro.

—¿El Coordinador de toaos los sierpes del Universo eres tú?

—De todos — asintió Akasha—. Debiste suponerlo antes. La serpiente es mujer, nunca hombre. El símbolo nos acusaba, Alex. Tú, tan inteligente, no lo

viste. He querido tentarte, y no ha servido de nada. Te diste cuenta a tiempo. De caer en mis brazos, hubieras sido mío. Un servidor ciego, sin cerebro. ¡Otro sierpe más! Y hubiera roto esa profecía maldita...

Miró con odio a la estatua de Zaar.

—¡Ese viejo necio tuvo que leer en el futuro! — rugió, virulenta. Miró a Rand, y soltó una risa — Pero no me vs a vencer, Alex Rand... Ignoras cómo vencerme... y aunque lo hicieras, los sierpes seguirán adelante sin mí...

—Mientes, Akasha —era ahora Rand quien hablaba fría, duramente—. Mientes tú..., ¡y sabes que estás perdida! Porque sin ti, sin tu cerebro, los sierpes no son nada, has elegido una raza autómata y parásita, para desarrollar tu conquista del Universo. Sin duda perteneces a una raza colosal, gigantesca, de más allá de todo lo conocido, irías adoptado la forma wulkan, como luego adoptarías forma terrestre. Veo bien claro, Akasha... No finjas... Estás creciendo. Creces mucho, Akasha... Seguramente eres colosal, gigantesca de volumen, como tu propio supercerebro y así piensas destruirnos a todos.. ¡Pero yo te destruyo a ti, Akasha..., ante el mismo que predijo tu fin y el de los tuyos!

Fríamente, extrajo su turbo-nuclear. Ella chilló, chilló terriblemente. Estaba creciendo, aumentando su tamaño, rasgando sus ropas al crecer, al hacerse gigantesca, a la vez que se deformaba, en una incipiente metamorfosis...

Para cuando Rand disparó su arma mortífera, estaba en pleno desarrollo. Y así murió. Sin lograr recuperar del todo su forma original, posiblemente horrenda y ciclópea...

Se desintegró, convirtióse en polvo ante los fríos ojos de Alex Rand, tentado por última vez por una mujer hermosa. Nunca más se fiaría de la invitación de unos ojos de mujer...

Akasha, la falsa campesina wulkan, el Cerebro Coordinador de los sierpes, fue destrozado por Hand, aniquilándolo con las propias armas que había querido emplear contra Alex...,

Éste se arrancó de la espalda la sierpe muerta, que ya era inútil. La arrojó a tierra. Se volvió lentamente, cuando ya Lunia aparecía, seguida por el patriarca de la población indígena, y por otros hombres del pueblo.

Alex mostró el lugar donde aparecía un residuo de Akasha, desintegrada. El residuo cobraba la forma de algo verde, alargado, viscoso... Un reptil...

—¡Dios mío, Rand! — gritó Lunia —Ese grito que hemos oído... ¿Qué ocurrió?

—Que la profecía se ha cumplido, Lunia — dijo roncamente Alex —. Ha muerto el Cerebro Rector de los Sierpes. Se ha terminado la lucha... y he vencido la tentación puesta en mi camino. Era Akasha...

—¡Akasha! ¡Pero si su espalda...!

—No, Lunia. Ella no necesitaba llevar a nadie. Era el cerebro, el Control Universal de todos los sierpes. Un ser superdotado, un coloso mental

increíble, capaz de adoptar las formas y tamaños que quisiera... — miró al patriarca—. ¿Cuánto hacía que estaba aquí esa mujer, buen hombre?

—No mucho — confesó el wulkan, atónito —. Llegó de las montañas, cuando acababa la guerra con los sierpes, asegurando que perdió en ella a sus padres y...

—¿Lo ves, Lunia? Ella eligió esa forma física de mujer wulkan. Y su cerebro era tan poderoso que leía a distancia. Reflejaba sus ideas y daba órdenes a sus soldados autómatas, las serpientes, ganando otros autómatas más valiosos a través de ellas. Por eso salió a buscar líquido al pozo, cuando aterrizamos nosotros. A esperamos... Intuía las cosas, tal era su poder. Pero estaba tan segura de su mente colosal, que quiso luchar conmigo con mis propias armas. Utilizó las más viejas del mundo. Y perdió... Perdió, porque la estatua de Zaar Xaba me avisó a tiempo, Lunia... ¿Sabes una cosa? Creo que nunca más miraré a ninguna mujer... Esto me ha curado para siempre. Y era muy difícil curar a Alex Rand de esa enfermedad... que tenía muy arraigada.

—¡Alex! — ella se arrojó en sus brazos —. ¡Yo que pensaba pedirte que fueras mi esposo..., el hombre de mi vida para siempre! ¡Te amo, estoy loca por ti, Alex!

Se miraron a los ojos.

—Bueno, eso es diferente — la firmeza de Rand sobre las mujeres sufrió otro vuelco—. Tú... eres distinta...

Sonrió.

Y se inclinó, besándole los dorados cabellos con ternura.

—Yo también te quiero, Lunia.

—Señor, ¿qué será ahora de los sierpes, muerta su mente rectora? — preguntó el patriarca, tras un silencio.

Alex explicó:

—Morirán todos. Caerán de las espaldas a las que se adhieren. Aquí, en la Tierra, y en todos los lugares del Universo. Al faltarles su cerebro, no son nada. Dejan de pensar, de existir incluso. Son pobres autómatas, animales débiles y torpes. Yo lo comprobé al interrogar a uno. Cuando el cerebro, desde la distancia, apartó su mente de él, le dejó hecho un ser inútil... Estoy seguro de que hemos salvado al Universo.

* * *

Y así fue. Alex Rand, el elegido de las Estrellas para salvar al Cosmos de su gran peligro, había acertado. Millones de sierpes, inútiles y moribundos, cayeron de las espaldas de wulkans, de terrestres y de habitantes de otros mundos, liberándoles de su esclavitud autómata, sin causar daño. Como una plaga aniquilada.

En Alton, el retorno presagiado de su Reina y Señora, fue acogido con grandes festejos. Zaar Xaba, el desconocido misterioso, acaso el conducto Divino con el que llegó el aviso, la predicción a los hombres de buena voluntad, contra la desencadenada fuerza del Mal, fue venerado como

salvador de los pueblos y de los Mundos.

Y Alex Rand jamás volvió a la Tierra a cumplir su condena. Porque, al casarse con la hermosa entre las hermosas, la reina Lunia, se convirtió en el rey inteligente y valeroso de Alton.

Aparte de su gran amor a la bellísima y noble Lunia,, la mujer que le esperó una eternidad, por encima del tiempo y del espacio, la Bella Durmiente del Cosmos, a la que despertó su beso, un millón de años terrestres después de dormirse, no se sintió atraído por ninguna otra mujer.

La gran aventura profetizada por Zaar Xaba, además de convertirse para él en un nuevo destino, había logrado encauzar su frivolidad. Alex Rand supo ser digno de su nueva condición de héroe universal...

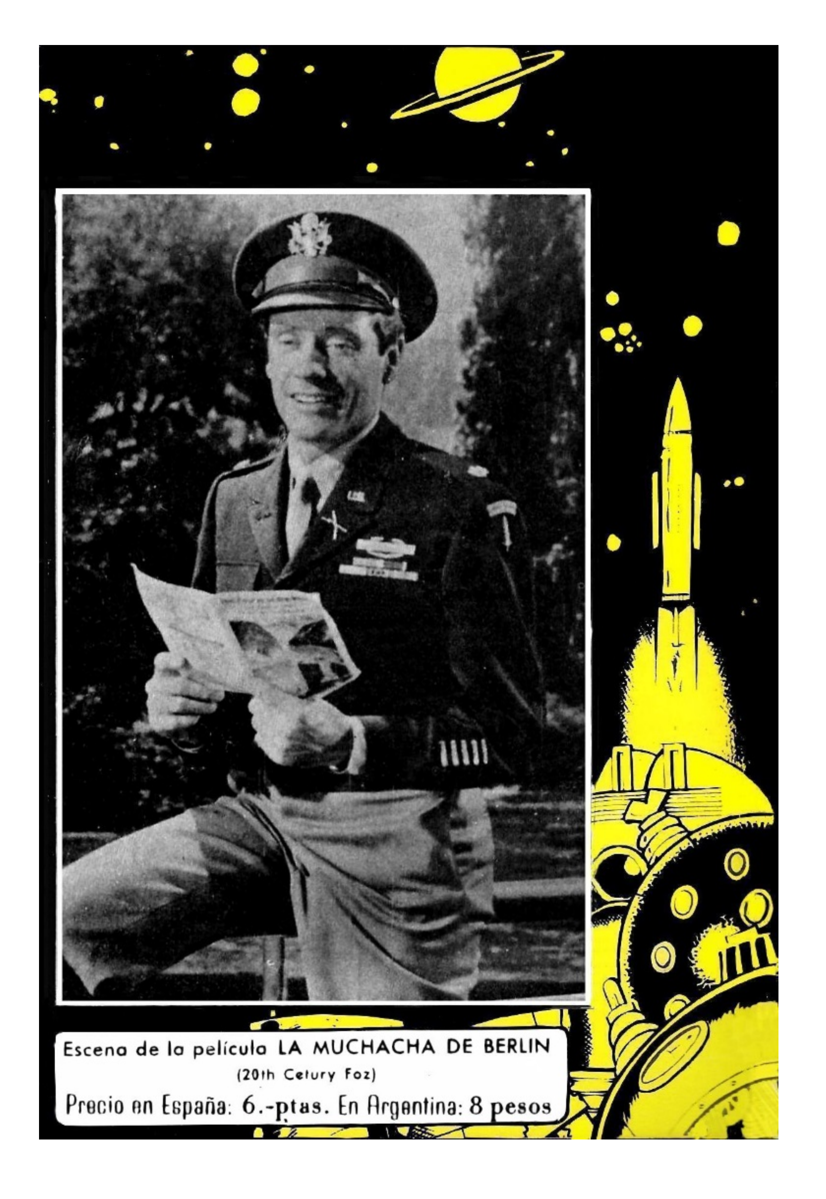
Y jamás perdió esa nueva virtud.



Aunque, en realidad, fue un milagro de amor, debido a la influencia maravillosa de la dulce y hermosa Lunia...

ULTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

176. — El país de Erianthe. — *Clark Carrados*.
177. — Los extraños. — *Clark Carrados*.
178. — La fórmula. — *Clark Carrados*.
179. — Niebla mortal. — *Law Space*.
180. — Guardia solar. — *Clark Carrados*.
181. — Joe, el mutante. — *H. S. Thels*.
182. — Caiga quien caiga. — *Law Space*.
183. — Los hombres-mono de Titán. — *Roy Silverton*.
184. — La guerrilla negra. — *Clark Carrados*.
185. — ¡Advertencia cósmica! — *H. S. Thels*.
186. — El segundo amanecer. — *Clark Carrados*.
187. — ¡Nunca volveréis! — *Johnny Garland*.
188. — La gran carrera. — *Clark Carrados*.
189. — Mundo prohibido. — *Law Space.*
190. — El poder supremo. — *Clark Carrados*.
191. — Presas humanas. — *Law Space*.
192. — Incógnita. — *Clark Carrados*.
193. — El espejo negro. — *Johnny Garland*.
194. — Gladiadores cósmicos. — *H. S. Thels*.
195. — El hombre marcado. — *Law Space*.
196. — Mientras brillan las estrellas... — *H. S. Thels*.
197. — La gran profecía. — *Johnny Garland*.



Escena de la película LA MUCHACHA DE BERLIN

(20th Cetury Foz)

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos